

Fernando Mariás
La Luz Prodigiosa



Ediciones Destino *Áncora y Delfín*



806

La luz prodigiosa
de Fernando Marías

Este libro está dedicado a la persona que más creyó en él desde el principio:

Leonardo Marías, mi padre.

y para su hermano Fernando, mi tío.

El viejo encendió otro cigarrillo de mi paquete de rubio americano, dio una profunda calada, expulsó el humo mirándome fijamente a los ojos y dijo:

–Además, Federico García Lorca no murió en agosto de 1936.

Dio otra calada al cigarrillo y aguardó con una

levísima sonrisa eufórica en los labios y un ligero temblor en la mandíbula, como si la frase que acababa de pronunciar fuese un sabroso bocado que estuviera degustando. Estaba feliz de hablar y de que alguien le escuchara. Y, desde luego, había conseguido sorprenderme con su absurda afirmación. De todas formas, decidí seguir su juego y ver hasta dónde pretendía llevarlo. Comprobé de un vistazo que el magnetófono seguía funcionando y, calmamente pero sin dejar de observarlo, tomé otro cigarrillo.

—¿No? —intenté aparentar un interés menor del que en realidad sentía.

—¡No! —resolvió sin desviar la mirada ni relajar su expresivo gesto.

Suspiré. Miré al camarero y con el dedo índice tracé un círculo en el aire sobre nuestros vasos vacíos. Vino hacia nosotros y nos sirvió en silencio. Parecía resignado al horario nocturno. El viejo y yo éramos los únicos clientes de la cantina de la estación. Esperábamos la llegada de mi tren,

a las seis y veinticinco de la mañana. Probé mi copa y miré al viejo.

—Bien—le animé—. Continúa.

Como si mis palabras hubiesen abierto una compuerta, el viejo chasqueó alegremente los labios, acercó la silla a la mesa de formica y avanzó unos centímetros la cabeza.

—¡Qué sabrás tú, periodista! Lo que has leído, lo que te han contado ... Todo paparruchas, mentiras ... ¿Quieres saber la verdad? Pues entonces escúchame a mí. Te ha sorprendido lo que he dicho, ¿verdad? Reconócelo ... No, Lorca no murió aquel día que festejasteis ayer. Murió mucho después. ¡Qué! Te sigo sorprendiendo, ¿eh? Aunque no sé por qué digo que murió. En realidad, yo eso no lo sé. Puede que todavía esté vivo, al fin y al cabo vivo estaba, para su desgracia, cuando lo vi por última vez. Hace ahora veintitrés años de eso, aunque no me acuerdo de la fecha exacta. Desde ese día no he vuelto a verlo —hizo una pausa y adoptó un aire melancólico como si su

pensamiento se hubiese desplazado en el tiempo, muchos años atrás. Un nuevo trago de coñac le permitió recuperar el hilo—. Bueno, periodista ¿qué me dices? Esto es lo que en tu negocio se llama una exclusiva, ¿verdad? Una de las buenas ... ¡Exclusiva mundial! Te lo cuento porque antes me echaste una mano en el jaleo del bar. Me gusta agradecer los favores que me hacen y, además, me caes bien. Me entiendes, sé que me entiendes. Y, encima, no te achicas a la hora de pagar copas, je, je ... —apuró de un trago su vaso y se quedó mirando mi cubalibre, adoptando una actitud teatralmente seria—. Lo malo de eso que bebes es que nos hace ir a destiempo. Tanta burbuja, tanto hielo ... Uno de los tuyos es como diez de los míos ...

—Eso se arregla volando. Espérame aquí y verás. Y mientras estoy fuera no vayas a venderle la exclusiva a otro —le guiñé un ojo y me levanté, acercándome hasta la barra.

El camarero alineaba platitos de café sobre el

mostrador, y luego colocaba sobre cada uno de ellos una cucharilla y un sobrecito de azúcar. Le pedí una botella de coñac y la cuenta; pareció disgustado por interrumpir su tarea pero se puso a sumar. Consulté el reloj, aún tenía tiempo de dedicar un tiempo razonable a la historia del viejo. Sentado de espaldas a mí en nuestra mesa, encendía un nuevo cigarrillo. A primera vista podía parecer una mezcla de jubilado solitario y vagabundo medio alcoholizado, pero la coherencia de sus pensamientos y la seguridad en sí mismo desmentían esa impresión y le daban un aire de especial dignidad. Y, desde luego, sabía adornar sus cuentos. Habría podido ser actor, uno de los buenos. No habían transcurrido ni seis horas desde que nos conocimos y ya se había emborrachado a mi costa. Me preguntaba cómo pensaba continuar su historia sobre García Lorca.

Lo había encontrado unas pocas horas antes, sobre las once de la noche. Yo llevaba dos días en la ciudad. Me habían enviado a Granada para cubrir los actos del cincuentenario del asesinato de Lorca

que se estaban celebrando por toda Andalucía. El grueso de la información ya lo había recogido el jefe de mi equipo y yo recopilaba noticias de segunda fila, material con que adornar el producto final. Esa misma tarde había terminado mi trabajo; y, dicho sea de paso, bastante mal. Mi magnetófono había fallado, de manera que las grabaciones que había obtenido eran más bien flojas: Lectura de Poemas de Lorca por Jóvenes Autores Andaluces, sin sonido a partir del cuarto Joven Autor; apertura de los Actos por el Excelentísimo Señor Alcalde, registrado solo el emocionado final por comienzo del discurso veinte minutos antes de lo previsto. Etc., etc., etc. Otra de las chapuzas a las que tengo acostumbrado a mi jefe. En fin, un par de retoques y un poco de imaginación salvarían el trabajo; cosas peores había arreglado.

El hecho es que, terminada la faena y con toda la noche por delante, me había hallado frente al dilema de dormir hasta la hora del tren a Madrid o echar un vistazo a la vida nocturna de la ciudad y

dirigirme luego directamente a la estación. Había elegido la segunda opción, va más con mi carácter. Además, no habría podido dormir. Entre los rumores de despidos en el periódico, que podían hacerse realidad y dejarme en la calle de un momento a otro, y mi separación estaba especialmente tenso. Me apetecía ver gente, así que me había dirigido a la zona de bares de copas. En los dos o tres sitios aparentemente de moda en los que entré había encontrado lo mismo: chicas guapas acompañadas, mesas de billar ocupadas y la música del momento, machaconas canciones rítmicas y cantantes famosos unidos por alguna causa justa. No pintaba nada en ese ambiente, pero tampoco me importaba: una de las cosas que mejor sé hacer es beber solo.

Serían las once de la noche cuando entré en El Rapto. El local, situado en una callejuela, era el bar más cochambroso que había visto en mi vida, largo y estrecho como un ataúd y solo un poco más alto, con las paredes y el suelo pintados de negro en un vano intento de disimular su lamentable

estado. Algo parecido a una caja enorme puesta boca abajo y pintada también de negro hacía las veces de barra. Sobre ella apoyaban sus copas varios grupos de personas que se empeñaban en hacerse oír por encima de la estridente música. Todo el mundo parecía divertirse mucho.

Todos menos el viejo.

Salía en ese instante de los lavabos, y su imagen era un hachazo a la lógica del lugar . Contaría al menos setenta y cinco años; era menudo y muy delgado, de gesto nervioso. Llevaba descuidado e inhabitualmente largo para un anciano el pelo canoso, y vestía un traje de pana raído que, décadas atrás, debió de servirle para salir a pasear los domingos con su señora. Ahora, ese traje demasiado holgado parecía su único patrimonio e incluso su único hogar. Pero no venía solo. Un tipo corpulento con la melena negra recogida en una coleta, probablemente el encargado del local, lo traía agarrado por el brazo

y lo zarandeaba con cara de pocos amigos. El viejo intentaba zafarse y hacía grandes aspavientos de dignidad ofendida. No tenía nada mejor que hacer, así que me acerqué y escuché disimuladamente lo poco que el volumen de la música me permitía. Al parecer, el viejo había tomado unas copas y no podía pagarlas. Alegaba que le habían robado la cartera. No podía colar: por su aspecto era seguro que hacía al menos diez años que no tenía cartera, ni siquiera monedero. Sin embargo, el desparpajo con que defendía lo indefendible despertó mi simpatía. Además, no me gustaban los modales del otro. Fui hasta ellos y me ofrecí a pagar la cuenta del viejo. El encargado no quería ceder; le molestaba más la tomadura de pelo que el dinero en sí, decía. Pero accedió cuando añadí una buena propina. Al final, incluso quería invitarnos por cuenta de la casa. No aceptamos, el viejo insistió en ello. Durante mi charla con el encargado se había mantenido al margen, acomodándose dentro de su chaqueta como si la cosa no fuese con él, pero ahora que

podía permitirse elegir rechazó la invitación. No tenía otra manera de reivindicar su dignidad humillada. Despreció con ostentación la copa gratis y salió del local. Salí tras él y, ya en la calle, lo busqué con la mirada.

Se encontraba en la acera contraria, rebuscando con obstinación infantil en un cubo de basura. Llegué a su altura cuando, con gesto triunfal, extraía de él una botella vacía, la agarraba por el cuello y tomaba impulso para arrojarla contra el farolillo que constituía el único reclamo publicitario de El Rapto. Conseguí desviar su brazo a tiempo y la botella fue a estrellarse inofensivamente contra la puerta metálica de un garaje, a dos o tres metros de su objetivo. El viejo estaba más enfadado de lo que pensé en un principio, y para que se olvidara del asunto me pareció conveniente proponerle que tomáramos otra copa. No me apetecía gran cosa aguantar a un viejo borracho, pero aún me apetecía menos verme mezclado en un lío de escándalo público. Y, en el fondo, los borrachos marginales me gustan.

Siempre me han gustado. La idea de otra copa, como un bálsamo, provocó un inmediato cambio en su actitud. Me agarró del brazo, me dedicó lo que debía de ser su mejor sonrisa y se ofreció a servirme de guía. Me resigné a mi suerte y lo seguí. Ya lo he dicho: siempre me han gustado los borrachos.

Nos metimos en el primer bar que se cruzó en nuestro camino, esa era su idea de lo que es un cicerone, y enseguida tuvimos delante sendas copas. El viejo no era lo que a primera vista parecía. Es cierto que estaba borracho, bastante borracho, pero a medida que se fue olvidando de la escena de El Rapto iba aflorando en él una personalidad inesperada. Sabía muy bien dónde pisaba, y aunque pronto descubrí que carecía de cultura la suplía con una especie de inteligencia innata. Lo cierto es que tenía un extraño atractivo. De todas formas, no era ni mucho menos mi compañero ideal de juerga, así que cuando vi mediado su vaso decidí tomar las riendas para cortar la conversación cuando me resultara

conveniente. Y fue entonces, mientras con ese objeto le contaba quién era y a qué me dedicaba, cuando me sorprendió por primera vez diciendo misteriosamente que él había conocido a Lorca en persona, y que me podía contar mucho de él. Mucho y muy especial.

La que me desconcertó no fue la confidencia en sí misma, sino el modo de hacerla. Me hallaba en guardia ante la posibilidad de que inventara cualquier cosa para seguir bebiendo gratis, pero había hablado con demasiada naturalidad para estar fingiendo. Y, si estaba diciendo la verdad, mi suerte acababa de cambiar. Podría enriquecer el mediocre material que había recopilado con una entrevista exclusiva, el testimonio de alguien que conoció a Lorca. Soy un periodista vocacional. Me encanta mi trabajo, aunque si no me motivo lo ejecuto maquinalmente, desgano. Cubro el expediente y paso la factura. Pero si algo me fascina siento un impulso que me vuelve imparable, ansioso. y en ese instante acababa de despertarse ... Una entrevista con alguien que,

además de haber conocido personalmente a Lorca, seguro que podía aportar, dadas sus extravagantes características, un punto de vista que nadie hasta ahora había desvelado. Por supuesto, no esperaba que me contase nada del otro mundo, pero con que se hubiera cruzado una sola vez con el poeta y lo narrase con su peculiar estilo ya tendría suficiente. Lástima que no me quedase película en la cámara; aunque, pensándolo dos veces, la pinta del viejo no era la ideal para dar credibilidad a ninguna historia. Bueno, lo importante era que lo tenía sentado frente a mí, dispuesto a hablar por los codos.

Como entre una cosa y otra era casi las una de la madrugada, le propuse que nos trasladáramos a la cantina de la estación. Allí estaríamos tranquilos, yo podría hacer mi trabajo sin miedo a perder el tren por prisas de última hora y él podría beber cuanto quisiera igual que en cualquier otro sitio.

Nos encontramos la cantina abierta, pero no había clientes, cosa que preferí. Al vernos, el camarero

solitario dejó de barrer, encendió la lámpara que pendía sobre la mesa a la que nos sentamos y nos sirvió. Conecté el magnetófono.

El viejo, sin decir todavía nada concreto de la historia prometida, parecía divertirse esquivando mis preguntas o contestándolas con extraños rodeos. Una creciente excitación estaba apoderándose de él. Transmitía la sensación de que tenía algo realmente bueno que decir y quería retrasar al máximo el momento de soltarlo para hacerlo así más apoteósico. Estaba empezando a hartarme del jueguito cuando el viejo, que tal vez había esperado a tener su depósito de coñac lleno hasta el borde, pareció decidirse a hablar. Y entonces, después de hacer una nueva pausa para encender un cigarrillo, había dicho que Lorca no murió en agosto de 1936.

El asunto había dejado de gustarme en ese instante. Su salida dejaba claro que no sabía lo que decía, que había conseguido liarme para tomar otra copa. Mi gozo en un pozo: una anécdota cualquiera,

mediocre pero creíble, me habría servido para el artículo; el delirio absurdo que acababa de soltar, no. Con todo, mi curiosidad seguía despierta ante el cuento que se disponía a contarme.

El camarero interrumpió el hilo de mis pensamientos. Traía la botella de coñac en una mano y un platito de plástico marrón con la cuenta de las consumiciones en la otra. Pagué, cogí la botella y regresé a la mesa. Al viejo se le iluminó la cara cuando me senté y puse la botella frente a él. La agarró por el cuello, deleitándose en su contemplación. Con suavidad, rasgó el precinto y desenroscó el tapón.

—¡Hombre, periodista, qué detalle! Una botella sin estrenar, enterita, toda para mí... Abrir una botella nueva siempre me ha gustado mucho, sobre todo si es de coñac ... Romper el tapón me da, no sé ... Seguridad ... y tal y como están las cosas no es algo que haga todos los días ... En fin, ya vendrán tiempos mejores; nosotros a lo nuestro... La historia que vas a escuchar no la conoce nadie,

aparte de mí, claro. En ella hay cosas que no puedo explicar, pero todo lo que vas a oír es la verdad, tal y como me ocurrió. Eso te lo puedo asegurar. Aunque lo más seguro es que ni yo mismo me hubiera enterado de ella de no ser por las cosas que pasaron en España hace diez años, cuando murió Franco, subió el rey y todo aquel lío. Acuérdate de que se empezaron a decir cosas que hasta entonces habían estado calladas. Todo el mundo se soltó a hablar de todo y de todos. Y por los codos. Parecía que vivíamos en otro mundo ... Qué te vaya contar, lo sabes mejor que yo. Pero a mí todo eso me daba lo mismo, siempre he ido a mi aire. Ni con los de antes ni con los de ahora me he llevado bien, y con los que tengan que venir tampoco me llevaré, seguro. Es verdad que a veces he vivido entre la gente, incluso una vez viví varios años en una ciudad grande. Pero desde pequeño me ha tirado la soledad y que me dejaran en paz. Por eso siempre he trabajado en cosas que no me ataran, cosas que pudiera dejar de un día para otro sin problemas. Hasta que encontré al que

sería mi patrón durante años fui un verdadero veleta. Algo no me gustaba o el jefe se ponía farruco, pues puerta; sin contemplaciones. Así soy yo. Y he hecho de todo ... He sido pastor, he repartido pan por los pueblos con una camioneta, durante muchos años fui guarda de una finca, hasta una vez tuve que hacer de minero. Claro que lo dejé enseguida, me ahogaba. A mí me gusta mirar arriba y ver el cielo. En realidad, lo que pase aquí abajo, mientras no vaya conmigo, me trae sin cuidado. Por eso, de no haber sido por una casualidad, no me habría enterado ni yo mismo de la verdad ... Si aquel día no se me llega a ocurrir ir al cine, te habrías quedado sin exclusiva. Tú sin exclusiva y yo sin botella de coñac, je, je, je ... Pero me estoy adelantando ... Vamos por partes ... –se sirvió otra copa, apoyó los brazos cruzados sobre la mesa y empezó su historia.

Hace muchos años, más de cincuenta, me dedicaba a repartir el pan del día con una camioneta. Antes del amanecer, muchas veces siendo todavía noche cerrada, salía de mi casa, un antiguo refugio de

cazadores abandonado donde vivía, y bajaba al pueblo, donde ya me estaba esperando Claudio, el panadero. Entre los dos cargábamos la camioneta y me ponía a la faena. Llevaba el pan a los pueblos más pequeños y las casas aisladas. No ganaba gran cosa, pero me daba para ir tirando. Además, casi siempre terminaba como mucho sobre la una de la tarde, y me quedaba el resto del día libre. Hasta había una cosa en mi trabajo de la que podía disfrutar: la primera luz del amanecer. Cuando me pillaba en la carretera, cosa que pasaba normalmente, era una sensación muy hermosa. No se veía a nadie y, aparte del ruido del motor, todo era silencio. Duraba unos minutos, hasta que el sol brillaba con fuerza. A mí me parecía que, durante ese rato, flotaba en el aire. Fíjate que, con lo que ha llovido desde entonces, todavía me acuerdo ...

Ese era mi trabajo en julio de 1936. Mucho tiempo después oí que en otras partes el principio de la guerra se notó menos, que fue más suave. Pero aquí, en Granada, sí se notó, y mucho. Todo el mundo andaba como loco, con miedo. Me quedé a dormir los primeros días en casa de Claudio, por lo que pudiera pasar. Y durante el día, en el trabajo, iba con mil ojos. Esas carreteras pequeñas y casi siempre desiertas no resultaban el sitio más seguro. En el momento más inesperado podías encontrarte con cualquier sorpresa. Pero como siempre he sido un poco irresponsable y la paga diaria me hacía falta para comer, seguía trabajando. Además, después de los primeros días la cosa pareció tranquilizarse. No sé si es que se había calmado de verdad o es que los hombres nos acostumbramos a todo lo que nos echen, por malo que sea. Y también hay que tener en cuenta que Claudio, que tenía un cuñado teniente de la Guardia Civil y no quería renunciar al negocio, no solo me libró de ir a filas inventando no sé qué

cosa de una invalidez, sino que me agenció un pase que me permitía ir más o menos tranquilo. Aunque es un decir, porque, a pesar de que sabía que a mí no iba a pasarme nada, andaba con el corazón en un puño. Y se terminó lo de disfrutar en la carretera de las primeras luces del día. Ahora era normal ver a las patrullas del amanecer con los detenidos camino del último paseo. No era raro que, al poco de cruzarme con ellos, se oyesen los tiros. El eco los repetía unas cuantas veces, cada vez más apagadas y lejanas... Luego se volvía a hacer el silencio, pero era un silencio distinto. Hasta unos días antes suponía tranquilidad y paz. Ahora sobrecojía.

Llevaría la guerra un mes cuando un día se cruzó un cadáver en mi camino.

Era muy primera hora de la mañana. El sol empezaba a salir por el horizonte, empezaban a brillar los colores del campo. Vi el cadáver al enfilar un tramo recto tras salir de una curva cerrada. Estaba a unos doscientos metros. Al

principio solo distinguí un bulto raro con manchas de color blanco, rojo y negro junto al camino, pero a medida que iba acercándome se reconocía la figura de un hombre en el suelo y cobraban sentido las manchas de color. Su ropa era blanca, pero estaba teñida de sangre en el pecho y en el hombro izquierdo. La sangre le manchaba también la cara y el pelo, de color negro intenso. El cuerpo estaba tendido boca arriba a un metro escaso del camino, sobre el terraplén de tierra que bordeaba la carretera. Aterrado, aceleré para rebasar el cuerpo y cuando lo hice no volví la vista atrás. No pude evitar actuar así, fue el instinto. Lo normal, solo unos días antes, habría sido parar para socorrer al hombre, pero con la guerra piensas de otra manera. No sé qué me pasó por la cabeza cuando vi el cuerpo, pero lo cierto es que en vez de frenar aceleré, y seguí concentrado en el camino, procurando pensar en otra cosa. Sin embargo, no era fácil. Por mucho que intentaba distraer mi mente, siempre volvía a ponerse delante de mis ojos la imagen del muerto. La que me extrañaba

era que estuviera tan a la vista. Los fusilamientos solían ser en sitios más discretos, que permitiesen librarse de los cadáveres con facilidad, o enterrarlos sin testigos. Dándole vueltas, supuse que el oficial encargado del tiro de gracia no había querido cargar con un muerto sobre su conciencia y, en el último instante, había desviado el cañón de su pistola, disparando junto a la frente del hombre. Cosas así ocurrían a veces. Y el pobre diablo había muerto mientras se arrastraba buscando ayuda. Estaba imaginando la escena cuando un pensamiento me estremeció. ¿Y si no estaba muerto? La había visto quieto como una piedra, cierto, pero eso no quería decir nada. Podía estar solo inconsciente. Es más, si había llegado hasta allí podía seguir vivo. No me había detenido para comprobarlo... Todo el resto del camino estuve inquieto. Intentaba convencerme, y cuando parecía conseguirlo y mi conciencia se tranquilizaba, la duda enseguida se me enganchaba otra vez en el estómago. Cuando terminé el reparto y tomé el camino de vuelta iba extrañamente alterado. Temía

volver a enfilar la recta fatídica pero, por otro lado, deseaba llegar de una vez y salir de dudas. Había decidido comprobar si estaba vivo o muerto. Sabía muy bien que si no lo hacía la imagen de ese desgraciado me impediría dormir tranquilo en mucho tiempo.

Mientras conducía, repasaba mentalmente los pasos a seguir. La más probable era que el cuerpo continuase allí, igual que unas horas antes. En tal caso, me detendría y comprobaría que estaba efectivamente muerto. Luego, al llegar al pueblo, se lo contaría al panadero y que él hablase con su cuñado, el teniente, para que decidiera lo que había que hacer. Eso si estaba muerto. Y si estaba vivo ... Entonces ya vería qué inventaba. No quería pensar en esa posibilidad. También podía ocurrir que, por cualquier causa, el cuerpo ya no estuviera en el sitio. En ese caso, echaría un vistazo por los alrededores hasta quedar bien seguro de que no había rastro de él y me olvidaría del asunto. Pero en cuanto retomé por fin el tramo recto mis esperanzas se evaporaron: las manchas de color

seguían allí, volviendo a conformar a medida que me acercaba la imagen del hombre en la cuneta. Yeso no era todo: el cuerpo no estaba en la misma posición. Se había movido. Antes estaba tumbado sobre la espalda y casi fuera del camino; ahora, boca abajo y con todo el cuerpo sobre la carretera. El corazón me comenzó a latir con fuerza. La que durante todo el tiempo me había obstinado en negar era ahora una evidencia: cuando unas horas antes me había cruzado con él el hombre estaba vivo.

Frené al llegar a su altura y paré el motor. Recuerdo que el repentino silencio me sobresaltó. Bajé de la camioneta y miré en todas direcciones. Prefería que nadie me sorprendiese en esta situación comprometida. La carretera estaba desierta y ningún sonido alertaba sobre la aproximación de un coche. Me acerqué hasta el cuerpo y lo incorporé. Aun inconsciente, el hombre soltó un pequeño lamento. Era joven, no tendría cuarenta años. Comprobé como pude su estado. Había mucha sangre a la vista, pero estaba

seca. Hacía ya tiempo que las heridas habían dejado de sangrar. Eran tres. Una de las balas le había atravesado limpiamente el pecho, tres o cuatro centímetros por encima del corazón. La segunda le había alcanzado en el hombro izquierdo, pero no había astillado ningún hueso. La de la cabeza parecía la peor; era como un surco rojo que recorría la sien derecha; tenía una profundidad de más de un centímetro en la frente, donde se había producido el impacto, y a medida que se desplazaba hacia la nuca se iba haciendo más superficial. Ese error en la trayectoria le había salvado la vida, porque el oficial no había fallado a propósito: su arma tendría el cañón desviado o el tipo estaría borracho, pero su intención de rematar al herido resultaba evidente. Unos milímetros más y todo habría acabado para él. Pero, aunque parecía un milagro, vivía. Regresé a la camioneta y cogí el botijo de agua fresca que guardaba en la cabina. Empapé mi pañuelo y le friccioné con él la frente y la nuca. No pareció notarlo ... Comprendí que, por muchas

cábalas que me hubiera hecho antes, no podría dejarlo allí. La agarré por las axilas y tiré de él, arrastrándolo por la carretera hasta la camioneta. Aparté los cestos vacíos de la puerta trasera y encaramé al hombre como pude, acostándolo sobre el piso; luego eché el toldo protector y lo fijé con un par de nudos. Regresé al lugar donde había estado el cuerpo y comprobé que no quedaban rastros. La carretera seguía desierta. Subí a la cabina y puse el motor en marcha, volviendo al camino. Mi casa era el único sitio al que podía llevar al herido. Si lo confiaba al médico del pueblo, en menos de una hora estaría en manos de los que le habían disparado. Y muerto en menos de dos. Conduje con rapidez, acercando la camioneta hasta la casa todo lo que las irregularidades del terreno me permitieron. Frené, bajé al hombre y comencé a subirlo por el camino de tierra; tuve que detenerme a recuperar el resuello media docena de veces, ya que habría casi un kilómetro hasta el refugio. Cuando por fin llegué a la casa estaba agotado, pero aún no había terminado la

tarea. Tendí al hombre sobre mi cama, cubriéndolo con una manta; me sequé el sudor de la cara y bebí un buen trago de agua. Luego volví a recorrer el camino de tierra a buen paso, llegué hasta la camioneta, alcé el toldo, lo coloqué en su posición habitual, comprobé que no había manchas de sangre en el piso, ordené los cestos vacíos y volví a la carretera, acelerando lo que el pedal daba de sí: ya llevaba un buen retraso sobre mi horario y no quería levantar sospechas. En eso tuve suerte. Cuando llegué al pueblo, Claudio no se encontraba en la tienda, así que le dejé a su mujer las llaves de la camioneta y la bolsa con la recaudación del día y me despedí hasta la mañana siguiente.

De regreso a casa atendí al herido lo mejor que supe. Le quité las ropas sucias. Limpié sus heridas con cuidado y las vendé, apañándome con lo que tenía a mano. Luego metí al hombre entre las sábanas y conseguí que tragara un poco de agua. Cuando lo dejé para que reposara, me ocupé de mí. Estaba exhausto y hambriento. Preparé algo de comer y me senté a la mesa mientras pensaba en lo

que debía hacer. Confiaba en que, pasadas unas horas, el hombre recuperase la consciencia, aunque solo fuera unos minutos, y me dijese quién era y a quién debía avisar de lo ocurrido. Seguro que su familia conocía a algún médico de confianza que podría atenderle en condiciones. Pero también podía empeorar y morir, lo que me traería problemas. La verdad sobre cómo y cuándo lo había encontrado era una historia creíble; pero explicar qué hacía refugiado en mi casa un condenado a muerte era otro cantar. Y no me imaginaba teniendo que hacer desaparecer el cadáver. Seguí dándole vueltas hasta que comprendí que, por el momento, no estaba en mi mano hacer nada más, y lo mejor era esperar hasta el día siguiente.

Me acomodé en la hamaca que tenía montada entre dos árboles en la parte trasera de la casa. Empezaba a acusar el cansancio y me iba relajando poco a poco. Habían pasado muchas cosas desde esa mañana, pero había actuado según mi conciencia y eso me hacía sentir bien.

Al día siguiente, antes de salir para el trabajo, limpié otra vez las heridas del hombre, lo arropé y, al salir, cerré bien la casa aunque no era probable que nadie pasara por allí. Tenía la sensación de que, al regresar ese día, el herido empezaría a recuperarse y pronto podría dejarlo en buenas manos. Pero no fue así.

El tiempo iba pasando y no mejoraba. Pasaron dos días... Pasaron cinco... Pasó una semana y el hombre seguía igual. Tragaba los alimentos líquidos que le preparaba y las pocas medicinas que pude conseguir le sentaron bien: la fiebre fue bajando hasta desaparecer, y las heridas iban cicatrizando. Pero aparte de eso, nada. No sabía qué hacer, y estaba empezando a desesperarme. La idea de que la situación no iba a resolverse como había esperado me desquiciaba. Por las mañanas, en la carretera, se me metía en la cabeza que alguien descubría al herido y me fusilaban junto a él; al volver a casa temía abrir la puerta y encontrarme con que había muerto y tenía que

librarme del cadáver; y por las noches dormía mal lo poco que dormía, sintiéndome inquieto ante la presencia del herido. Esa presencia silenciosa era lo peor de todo, se había convertido en una obsesión. Y, además, me sentía víctima de una burla siniestra del destino: yo cuidando al desconocido, limpiándole las heridas, preparándole la comida, aseándolo y con el alma en vilo todo el día; y él sin inmutarse, sin empeorar ni mejorar, quieto como una estatua viva. Tenía que hacer algo, quizás hablar con alguien... Con Claudio tenía cierta confianza, tal vez a él se le ocurriese alguna solución.

Cuando habían pasado casi dos semanas y estaba decidido a actuar, ocurrió algo inesperado.

El hombre despertó de repente.

Estaba bien avanzada la noche. Me encontraba tumbado en la hamaca de la parte de atrás, intentando conciliar el sueño sin conseguirlo. A mi angustia se unía un pegajoso calor que me impedía dormir. Había un silencio absoluto, que sin duda

contribuyó a resaltar el espeluznante grito que surgió de pronto del interior de la casa. El chillido atravesó la oscuridad como una cuchilla y me sacudió el cerebro y el cuerpo. De un salto me puse en pie y corrí a la casa. El grito perduraba todavía cuando encendí la lámpara y vi la escena: el hombre, arrodillado sobre las sábanas revueltas, agarraba con rabiosa fuerza el pie metálico de la cama. La tensión más extrema sacudía su cuerpo. Respiraba frenéticamente, como si, a pesar de la violenta agitación de su pecho, el aire no llegara a sus pulmones. Su sufrimiento parecía terrible, intensísimo, pero lo peor era su mirada, que yo veía por primera vez. Se diría que los ojos, casi fuera de las órbitas, pugnaban por arrancarse de la cara del hombre. Expresaban el terror más pavoroso que se pueda imaginar. Sé que de nuevo estaba viendo los cañones de los fusiles apuntándole, sé que de nuevo estaba viendo las balas venir hacia él. Me quedé helado, pasaron unos segundos hasta que pude reaccionar y acercarme a él. Temía tocarlo y,

cuando por fin lo hice, se tensó como una cuerda de violín. Tuve que agarrarlo con todas mis fuerzas para que no cayera de la cama. Luchaba por zafarse de mí, pero su verdadera lucha era contra algo que yo no podía ver, una lucha desesperada y desigual que solo podía perder, y que le hacía retorcerse como si quisiera escapar de su propia piel. De repente cayó fulminado sobre la cama, vaciándose de aire como si fuera a deshincharse.

Duró un par de minutos en total, y tras la crisis descansaba de nuevo. La volví a acomodar en la cama y me senté en una silla junto a él, intentando tranquilizarme. Permanecí a su lado el resto de la noche, incapaz de moverme o de apartar la vista de él. En sus ojos había visto la sonrisa de satisfacción de la Muerte.

Como si ese choque hubiera sido más efectivo que todos mis cuidados, tras esa noche empezó a mejorar. Ya parecía un milagro que no hubiera muerto cuando le dispararon, pero no resultaba

menos asombroso asistir a su recuperación. Al principio de su mejoría apenas podía moverse. Se limitaba a sentarse en la cama, con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza entre las manos, como si el cansancio o el abatimiento le impidiesen hacer nada más. Se pasaba así horas y horas. Poco a poco pudo ponerse en pie y dar unos pasos por la habitación. Yo seguía atentamente sus movimientos, esperando ansioso el momento en que recuperase la lucidez y pudiese hablar, pero su mejoría era solo física. La mirada continuaba ausente. Sus ojos se posaban sobre las cosas como si no tuviesen significado alguno para él, y ni siquiera llamaban su atención. Parecía que estuviera despertando de un letargo de siglos. Tras un pequeño esfuerzo reconocía los objetos que se ponían frente a él y en algunos casos, no todos, también su utilidad, pero ese reconocimiento le provocaba una indiferencia absoluta. Si le ponía en las manos una camisa, la cogía mirándola como si intentase comprender qué se esperaba que hiciese con ella, y finalmente se la ponía con

movimientos torpes y lentísimos; si le daba una cuchara, acababa usándola correctamente, pero después de mirarla un buen rato y apretarla entre los dedos como si quisiera cambiarle la forma. Se diría que su cuerpo ejecutaba las acciones sin la complicidad o ni siquiera el conocimiento del cerebro. En cuanto a mí, me toleraba como si fuese un objeto más.

Transcurría el tiempo y no había indicios de mejoría cerebral. Su mente era como los ojos de los ciegos. Llegó un momento en que su cuerpo se había recuperado casi por completo; tanto que, de no ser por su mirada ausente y su mutismo, parecería una persona normal. Pero su cerebro apagado se negaba a despertar: el tiro en la cabeza lo había matado. El hombre era como un vegetal. Lejos de solucionarse, mi problema había empeorado. y ahora sí que, evidentemente, no podía hacer nada más. Tenía que llevarlo a donde pudieran atenderlo y hacerse cargo permanentemente de él, aunque sin olvidar que era un condenado. No era probable que sus verdugos

se molestasen en acabar con él si volvía a caer en sus manos, pero, por otra parte, se estaban haciendo muchas salvajadas ... No, ni pensar en la posibilidad de entregarlo. ¿Entonces?

Con la guerra todo andaba revuelto y muchas cosas habían cambiado, ninguna para bien. Aunque Claudio, mi jefe, que veía crecer la hierba, había salido ganando. Por un chanchullo a medias con su cuñado se había agenciado un pequeño camión requisado a una cooperativa de campesinos; con el camión, y de paso que, según él, servía a la Patria repartiendo el correo y el papeleo de guerra por los distintos centros militares de la provincia, aumentó su negocio de venta de pan; ahora eran clientes suyos varios edificios oficiales, unas cuantas cárceles y algún que otro hospital. A mí me nombró encargado de conducir el camión y repartir los pedidos; se trataba de un trabajo cómodo ya que, aunque hacía bastantes más kilómetros que antes, el camión tiraba mucho mejor que la vieja camioneta y, además, en cada parada siempre había alguien, normalmente un par

de soldados, que se encargaba de descargar los cestos.

Uno de los puntos habituales de destino era el Asilo Provincial, un centro dirigido por monjas que daba cobijo a los ancianos a los que su familia ya no quería mantener o aguantar. En un pabellón especial, atendidos por una monjita llamada sor Angela, vivían también unos cuantos enfermos mentales. Sor Ángela era una mujer bastante mayor, pero muy activa y de gran vitalidad; se notaba enseguida que le gustaba su trabajo. Normalmente era ella quien supervisaba la descarga de los pedidos. Aquí sí solía yo arrimar el hombro, porque no había soldados que hiciesen la tarea. Pero no me molestaba, porque la monjita me caía bien. y creo que la simpatía era mutua. A pesar de lo ocupada que estaba siempre tenía algún detalle conmigo, un vaso de limonada fría cuando apretaba el calor y cosas parecidas. Mientras me tomaba ese pequeño descanso, observaba cómo trataba a los enfermos. Era paciente y cariñosa, y jamás tenía una mala

palabra o un gesto brusco .

Las internos se sentían relajados con Sor Angela. Yo, que estaba comenzando a concebir una idea, me esforcé en los días sucesivos por charlar con ella unos minutos cuando terminaba el trabajo. Quería aumentar su simpatía por mí, ganar su confianza.

El día que por fin decidí actuar, me levanté y bajé al pueblo antes de lo habitual.

Claudio se extrañó al verme llegar con casi una hora de antelación, pero como el pan ya estaba listo no le dio mayor importancia. Monté en el camión y salí a la carretera. Pero en vez de seguir la ruta normal me desvié en el primer cruce y conduje hacia mi casa.

El hombre estaba tumbado en la cama con los ojos clavados en el infinito. La incorporé y le ayudé a ponerse unas viejas ropas mías de trabajo y unas botas usadas. Una vez estuvo vestido, verifiqué su aspecto: solo la herida en la sien, ya prácticamente cicatrizada, podía resultar chocante, pero confiaba

en que nadie le diese importancia.

Salimos de la casa. El hombre se dejaba llevar, aunque yo notaba cómo se iba inquietando, contagiado tal vez de mi estado de nervios. Cuando lo senté en la cabina del camión respiraba con agitación. Quizás intuía que abandonaba para siempre lo que había sido su refugio durante las últimas semanas.

Volví a la carretera, cogiendo esta vez el camino bueno. Llegué al asilo, atravesé la verja metálica de la entrada y me dirigí hacia la parte trasera del edificio, aparcando frente a la caseta que hacía las veces de almacén. Sor Ángela ya estaba esperando, atareada como siempre en varias cosas a la vez. Me apeé y le conté la historia que había ensayado. Le dije que había encontrado al hombre vagando sin rumbo a un par de kilómetros del asilo y que, al ver su estado, supuse que se habría escapado del centro. La monjita me miraba sin decir nada mientras yo soltaba de carrerilla el cuento con la incómoda sensación de que notaba

que estaba mintiendo. Pero cuando terminé se acercó al hombre y lo examinó. Le hizo unas cuantas preguntas que, naturalmente, no obtuvieron respuesta y, por último, le ayudó a bajar del camión y se lo llevó hacia la entrada de la enfermería. Me puse a descargar, y cuando terminé me senté a fumar un cigarrillo. La monjita y el hombre salieron al cabo de varios minutos. Ella lo llevaba cogido del brazo y caminaba junto a él respetando el ritmo lento y dubitativo de sus pasos. La acomodó en uno de los bancos de piedra del patio y vino hacia mí. Esperaba que no hubiera imprevistos, había visto actuar a la monjita y sabía que por ese lado no debía preocuparme: pero si el médico había examinado al hombre, sin duda habría visto que las cicatrices correspondían a heridas de bala y, además, recientes. Rogué para que no le diese por llamar a la Guardia Civil. Sor Ángela me contó que nunca habían visto al hombre antes, pero que, dado su estado, no podían negarse a acogerlo. Mientras hablaba me miraba de una forma extraña, como si me estuviera diciendo que

sabía la verdad, que yo le había salvado y había cuidado de él durante ese tiempo. Pero sus ojos decían también que guardaría el secreto. No me había equivocado: Sor Ángela respetaba a los enfermos y su trabajo le gustaba de verdad; y al parecer lo mismo pasaba con el médico. El herido estaría a partir de ahora en buenas manos.

Me despedí hasta el día siguiente y salí del recinto del asilo. Mientras me dirigía hacia la verja metálica vi al hombre por el espejo retrovisor. Seguía mansamente a la monjita hacia el interior del edificio.

Cuando por fin me instalé en casa, me decía una y otra vez que había resuelto el problema y merecía descansar. Sin embargo, no lograba relajarme; incluso, en ocasiones, me parecía que la inquietante presencia seguía ahí, tan concreta como si nunca se hubiera marchado, casi palpable físicamente. Me costó un tiempo ir recuperando la normalidad. El encierro de las últimas semanas casi me había hecho olvidar que había una guerra y

me encontraba en medio de ella. Y, a pesar de todo, se me quedó en el cuerpo una extraña desazón que acabé por achacar al hecho de que ignoraba a quién había salvado. Antes de deshacerme de las ropas del hombre las había registrado con cuidado, esperando encontrar no ya un documento que revelara su identidad, pero sí al menos algún objeto personal, un llavero, una medalla, algo, cualquier cosa. Pero no llevaba nada encima. La único que pude establecer es que no se trataba de un trabajador manual, porque sus manos eran finas y estaban bien cuidadas. Pero eso era como no saber nada; podía ser un político, un periodista, un maestro, incluso un señorito ... Lo que me obsesionaba era que, fuese quien fuese, su mujer, sus hijos, sus amigos, alguien en alguna parte, tal vez más cerca de lo que yo imaginaba, tal vez en el mismo pueblo, le conocía y le quería, y ese alguien pensaba que estaba muerto. Me esforcé por saber algo de él, por averiguar lo que pudiese; pensaba que de alguna manera se lo debía, ya que solo yo sabía que estaba vivo. Intenté sonsacar al

panadero, que estaba cada vez más y mejor relacionado con las nuevas autoridades; también examiné los escritos militares que en ocasiones transportaba en el camión. Pero mi jefe no estaba interesado en nada que no fuese su negocio, y los documentos eran listas interminables de ejecuciones y encarcelamientos, llenas de nombres que no me decían nada, sin fotografías o fechas concretas que me pudiesen dar una pista. Todo resultaba inútil: el hombre era un fantasma por el que ya nada podía hacer. Me di por vencido en la búsqueda, y la obsesión fue desvaneciéndose poco a poco. Pero la inquietud no desapareció porque seguía viéndole. Pasaba todos los días por el asilo y normalmente la monjita me hablaba de él. Al principio, ilusionada por los pequeños progresos que hacía, y desencantada poco a poco después, a medida que esos progresos iniciales se iban estancando. Era como un niño, aprendiéndolo todo de nuevo, hasta las cosas más triviales. Pero, además de la falta total de recuerdos, la capacidad de su cerebro funcionaba al mínimo. Podía realizar

trabajos pequeños y desenvolverse en cosas sencillas, pero nunca pasaría de eso. Lo veía a menudo sentado en el patio con la mirada perdida, completamente ajeno a la realidad.

Cuando terminó la guerra, el asilo, que había conseguido mantenerse al margen como un auténtico remanso de paz, fue uno de los pocos sitios que siguió como siempre. Sin embargo afuera, en el mundo real, todo había cambiado; incluso a mí me afectaron esos cambios. Mi jefe había conseguido amasar una fortuna que crecía cada día. Había pasado de vivir en su casita del centro del pueblo al comienzo de la guerra a ser ahora propietario de una finca que había pertenecido a un político del régimen anterior, una finca tan enorme que no se podía recorrer andando en un solo día. Además del pan, se había metido en más negocios, y las cosas le iban cada vez mejor. Su ansia de dinero no tenía límite; creo que era más rico cada día que pasaba. Y no me puedo quejar, porque algo de su suerte me tocó. Claudio me apreciaba y me nombró guarda de la finca, una

especie de capataz que velaba porque las cosas estuviesen siempre organizadas y en su sitio. Me subió el sueldo y me permitió instalarme en una casita que había a la entrada de la propiedad. Esos cambios fueron para mí como entrar en la gloria, porque había bastante trabajo y pude por fin dejar el camión y la carretera. Estaba más que harto de los madrugones y de chuparme horas y horas al volante. También me alegré de perder de vista el asilo y el cuadro que allí veía todos los días: el enfermo que, a pesar de que el médico afirmaba que en cualquier momento podía recuperar la memoria, seguía mirando hacia el horizonte, inmóvil y mudo, indiferente a todo.

Mi último día de trabajo fui a despedirme de la monjita, aunque le prometí que de vez en cuando sustituiría al nuevo conductor y vendría a hacerle una visita. Sor Ángela me confesó que estaba preocupada por los internos; ella era ya mayor, sabía que no le quedaba mucha vida por delante y temía que la nueva encargada no tuviese su mismo cariño por los enfermos; todos ellos tenían una

gran dependencia afectiva de ella, sobre todo el hombre sin memoria. Bromeé y resté importancia a su preocupación, pero me quedé intranquilo. Y, no sé por qué, tuve la sensación de que me estaba diciendo que, cuando ella faltase, yo debería asumir la responsabilidad que había adquirido el día que lo recogí en la carretera.

Los años siguientes fueron buenos para mí, amparado como estaba por la creciente prosperidad de mi patrón. El trabajo parecía hecho a mi medida: poca o ninguna atadura, y mucha tranquilidad y tiempo libre. No quiero decir que no trabajase, que sí lo hacía, y bastante, pero es que nunca he considerado trabajo aquello. Era yo mismo quien organizaba mis horarios y responsabilidades, se me dejaba esa libertad con tal de que todas las cosas estuviesen a su hora y en su sitio. Y me organicé de forma que incluso cuando hacía mi labor disfrutaba de la calma y la libertad que la finca permitía. Todas las mañanas recorría a caballo la hacienda, en una especie de recorrido de vigilancia que me inventé para

disfrutar de las caballerizas del jefe. A él no le molestaba, e incluso alababa mi celo profesional, pues el contrato que habíamos apalabrado no me exigía ese esfuerzo adicional. No imaginaba que habría renunciado a parte del sueldo por continuar con esos paseos matinales ... Acostumbrado como estaba, madrugado mucho, elegía un caballo, que a las pocas semanas era siempre el mismo, una yegua parda que se encariñó conmigo tanto como yo con ella, y recorría unos cuantos kilómetros. Jamás me crucé con nadie, y durante aquella época reviví los buenos momentos previos a la guerra, cuando me dejaba envolver por el silencio del amanecer sentado en la cabina de la camioneta.

Por lo demás, apenas salía de la finca, incluso muchas veces pasaba en ella mi día libre; prácticamente solo bajaba a la ciudad cuando me urgía la compañía femenina, que era el único capricho caro que de vez en cuando me permitía, o cuando el jefe me pedía que le hiciese algún favor o recado, cosa a la que siempre estaba dispuesto.

Fue en una de esas ocasiones cuando Claudio me rogó que sustituyera al conductor de uno de sus ya varios camiones, que había enfermado repentinamente. Era un día del verano de 1947. Como siempre en esos casos, accedí encantado, aunque me desagradó que una de las paradas asignadas fuese el Asilo Provincial. Durante algún tiempo había cumplido la promesa que hice a la monjita de visitarla cuando me fuera posible, pero también es cierto que había procurado ir espaciando las visitas, de manera que por entonces haría al menos tres años que no pasaba por allí.

Me dispuse a quitármelo de encima cumpliendo el encargo lo antes posible. Iba renegando porque me hubiera tocado ese camino. Y no entendía por qué la posibilidad de volver a ver al hombre me provocaba ese extraño nerviosismo, después de tanto tiempo transcurrido. Sin embargo, estaba ya frente al asilo y no podía echarme atrás. Me sorprendió ver que la verja estaba cerrada; había pasado tiempo desde la última vez que estuve por allí, pero esa costumbre era nueva. Y no era el

único cambio. Me abrió un enfermero, cuando lo habitual era que alguno de los ancianos estuviese encargado de vigilar la entrada. Pero lo más raro era que el patio estaba desierto. El enfermero subió a la cabina del camión una vez hubo cerrado de nuevo y me acompañó hasta el almacén para ayudarme a descargar. Estaba nervioso; me contó que el asilo llevaba revuelto un par de días.

Sor Ángela había muerto la antevíspera; y, aprovechando la confusión y los nervios que se desataron con las idas y venidas del entierro, uno de los enfermos había desaparecido. Recordé la predicción de la monjita. No hubo necesidad de que el enfermero me confirmase quién se había fugado. La supe en el acto.

Antes de irme pedí ver al médico. El anciano que examinó por primera vez al hombre se había jubilado algún tiempo atrás; ahora ocupaba su lugar un joven doctor que se había interesado desde el principio por el inusual caso del amnésico. Al saber que era yo quien lo había

ingresado en el centro me ofreció todo tipo de explicaciones; su salud física, dijo, era por completo normal, pero su mente se había mantenido obstinadamente bloqueada. Nadie, en todos esos años, había conseguido sacarlo de su mutismo, y solo ante sor Ángela mostraba alguna reacción. Eso se debía al trato especialmente cariñoso que ella le prodigaba; para el médico, la muerte de la anciana había sido el detonante de la fuga. La búsqueda se había iniciado ese mismo día, porque, tal y como se encontraba, el enfermo no podía valerse por sí mismo.

Y el doctor me recalcó otra cosa: si en el exterior el amnésico se encontraba con algo que le recordase su pasado podía recuperar la memoria, aunque solo fuese de forma parcial. En tal caso, el choque emocional podía tener consecuencias imprevisibles, sobre todo por la falta de adecuada observación médica.

Durante el resto del trayecto tuve la sensación de que la maldición de la monjita se iba a cumplir

como si fuera una maldición ineludible, y en cualquier momento, en la siguiente curva, me toparía con el hombre errante. Y aunque la carretera seguía desierta, sentí todo el tiempo que su presencia flotaba en el aire, esperando agazapada el momento oportuno de concretarse e irrumpir de nuevo en mi vida.

Nada pasó, pero cuando dejé el camión en el garaje y emprendí el camino a casa, continuaba pensando en él. Lo imaginaba vagando desvalido por los caminos solitarios, y deseaba por su bien que lo encontrasen pronto porque, si llegaba a algún lugar habitado, la ciudad se lo tragaría para siempre, condenándolo a vivir en un mundo hostil del que no podía defenderse.

En los días siguientes telefoneé varias veces al médico del asilo interesándome por las pesquisas; pero estas, a la vista de los infructuosos resultados, se habían ido abandonado y haciendo rutinarias hasta que un día, cuando apenas habían transcurrido dos semanas, se dio por desaparecido

al hombre y se olvidó el asunto. El médico no comprendía dónde podía haberse metido, pero yo estaba seguro de que, como temí desde un principio, había llegado por sus propios medios a alguna población grande, tal vez a la misma Granada. Creo que el doctor, al igual que yo, veía la escena del hombre perdido, inmerso en un laberinto de calles de imposible salida y gente indiferente a su presencia, sobreviviendo de formas que preferíamos no imaginar. También nos decíamos que el día menos pensado alguien, percatándose de su estado, lo traería de vuelta. Pero lo hacíamos más que nada por permitir a nuestra conciencia olvidar la historia sin mayores problemas.

Después de aquel día nunca volví por el asilo. Años más tarde oí que el joven doctor había sido trasladado y se le auguraba un brillante futuro profesional; poco después de eso se inauguró un nuevo asilo, más moderno y mejor equipado, y el viejo edificio de la verja de hierro quedó desierto y abandonado, visitado solo ocasionalmente por

parejas de enamorados impacientes.

Todo se juntaba para hacerme creer que el hombre había desaparecido de mi vida para siempre.

En cuanto a mí, continué viviendo en la finca hasta el día en que los hijos del patrón, que decidían cada vez más en los negocios familiares, le convencieron para que vendiera la propiedad. Hacía ya tiempo que lo tenían entre ceja y ceja y el padre, aunque se negaba al principio, acabó por ceder, a la vista de la fortuna que ganaba con la operación. Ya me veía en la calle, sin trabajo y con cincuenta años a la espalda. Pero el viejo se portó conmigo, al fin y al cabo llevaba trabajando para él veinticinco años largos. Me aseguró que no debía preocuparme, y prometió que mientras él viviese tendría trabajo. De hecho, me ofreció un puesto en el garaje de camiones, controlando las entradas y salidas de los coches y la carga y descarga de material. También, y aunque al darme otro empleo no estaba obligado, me asignó una cantidad como indemnización por la pérdida del

puesto de guarda. Y como tuve que abandonar la casita de la finca me dejó, por un alquiler prácticamente simbólico, uno de los pisos que su inmobiliaria había construido en las afueras de la ciudad. Desde luego, no podía quejarme; tenía trabajo y casa nueva, y la indemnización no era moco de pavo: a principios de los sesenta las pesetas cundían, no como ahora.

De hecho, esa fue mi perdición. Acostumbrado a vivir siempre al día, porque con lo que ganaba no podía ahorrar gran cosa, cuando me encontré con dinero en el bolsillo, dinero en cantidad, me di a la buena vida durante unas semanas. Nada de grandes cosas, porque los sitios finos nunca me han ido, pero sí recorrí todas las salas de fiestas y bares de camareras de la zona, aunque no como hasta entonces, sino a lo grande, sin escatimar. Me daba perfecta cuenta de cómo las chicas me sacaban los cuartos, pero no me importaba porque, por primera vez en mi vida, los billetes parecían no acabarse nunca. Por fortuna, paré cuando todavía quedaba un buen pico, aunque no renuncié

a tornarme mis copas salir de trabajar todos los días. Iba a los bares normales, que salen más baratos que los de camareras y de vez en cuando te invitan a una copa. Creo que llegué a conocer todos los locales de los alrededores de mi casa y del trabajo.

Un día tuve que llevar unos recados urgentes para un cliente de mi jefe que vivía en la otra punta de la ciudad, en una zona que yo apenas había pisado alguna vez. Me costó encontrar la dirección, y cuando cumplí el encargo se había hecho bastante tarde. Pero era viernes y al día siguiente no tenía que trabajar, así que decidí tomar unas copas por el barrio desconocido como si fuera toda una aventura.

Por aquella época, siempre repetía la misma operación: entraba en un bar, elegía un sitio en el mostrador, preferiblemente una esquina, pedía una copa, y me ponía a observar a la gente de fuera y dentro de la barra; lo hacía sin mala intención ni afán de burla, simplemente me gustaba ver cómo

se desenvolvían, lo apurado que se ponía un camarero poco mañoso cuando había mucho trabajo, la cara enrojecida y la risa escandalosa de un cliente con unas copas de más, y ese tipo de cosas. Si me parecía que el espectáculo merecía la pena, pedía una segunda e incluso una tercera copa; si no, cambiaba de bar y volvía a empezar. Naturalmente, prefería que en los locales hubiese bastante gente, de lo contrario me aburría enseguida. Por eso hice ademán de marcharme cuando vi que el nuevo sitio al que entré estaba casi vacío. Pero el camarero no estaba dispuesto a dejar escapar a nadie que pudiera dejarle unas pesetas, y me asaltó apenas traspasé la puerta con solicitud tal que no pude negarme a pedir una copa.

El bar era una especie de mesón, uno de esos decorados en madera y con muchas tapas y raciones a la vista, aunque la iluminación mortecina indicaba que el negocio había conocido tiempos mejores. La barra estaba casi vacía de clientes, a excepción de una pareja que hablaba de

algo que, a juzgar por la expresión de sus caras, debía de ser muy serio, y de un mendigo ensimismado que se acodaba frente a un vaso de vino en el otro extremo. Era viejo y tenía la cara surcada de arrugas, y el poco pelo que le quedaba estaba sucio y despeinado. Sus ropas completaban la estampa de abandono y miseria.

Y sin embargo, no tardé ni un segundo en reconocerlo: su mirada ausente era la misma que tenía cuando se fugó del Asilo Provincial, más de quince años atrás. Me quedé clavado en el sitio, con el pulso repentinamente acelerado, repitiéndome que no podía ser, que veía visiones, que tenía que estar equivocado. Pero era él. Cuanto más miraba más se evidenciaba. Me acomodé en el asiento y pedí otra copa, dispuesto a observar ... El mendigo permanecía en la misma postura desde que entré. Miraba fijamente hacia un punto del botellero situado detrás de la barra, pero no le interesaba lo que veía, simplemente sus ojos se habían posado allí y no parecía tener voluntad para apartarlos. Había visto esa actitud muchas

veces. Esperé que se moviese o hablara para pedir otro vaso, cualquier cosa que me permitiera saber si había mejorado en ese tiempo, pero seguía inmóvil, como si estuviese dispuesto a quedarse allí toda la noche.

Al cabo de unos pocos minutos, el camarero cogió una botella de vino y, sin mediar palabra, le rellenó el vaso. El mendigo, aunque no reaccionó inmediatamente, pronto extendió la mano y lo vació de un trago. Fue un gesto preciso pero ejecutado con lentitud, como animado por un mecanismo de autómata. Apoyó de nuevo el vaso y posó la mirada en otro punto elegido, como el anterior, al azar. Parecía que iba a quedarse nuevamente estático, pero repentinamente se incorporó, encaminándose hacia la puerta. Todos sus movimientos eran de una lentitud torpe, y absurdamente me hicieron pensar en los de los astronautas que por entonces salían a menudo en televisión. Cuando pasó junto a mí le miré a la cara. Avanzaba con los ojos perdidos en el suelo. Salió a la calle y me quedé apoyado en la barra,

agarrando el vaso como si quisiera romperlo. El corazón me latía con fuerza, como si hubiera visto un fantasma.

Y, en efecto, algo de eso había. El hombre había muerto al principio de la guerra para aquellos que le conocieron, y era un vagabundo para los que ahora le veían todos los días, un infeliz para el camarero que le servía, otro mendigo sin pasado para los que le daban limosna. Ninguno de ellos sabía que había tenido dos vidas. De la primera yo lo desconocía todo, excepto que terminó con un disparo en la cabeza; la segunda empezó con el mismo disparo, pero solo yo la conocía. Sentí que el encuentro del mesón era cosa del destino que comenzó muchos años atrás en una carretera desierta, y recordé que, desde el principio, todo parecía escrito para que el hombre se cruzase una y otra vez en mi camino. Supe entonces que la historia no había concluido. Y me tocaba dar el siguiente paso.

Por cómo le habían rellenado el vaso deduje que

debía de ser un habitual de la casa, y decidí averiguar cuanto pudiera. No fue complicado. Habría sido un día aburrido de poca clientela, porque el camarero estaba deseando hablar. Mientras me servía otra copa empezamos a charlar, y así supe que el mendigo era asiduo del bar desde hacía un par de años. Al camarero, llamarlo cliente le resultaba excesivo. Un día entró y pidió un vaso de vino, señalando con gesto cansado el vaso de otro cliente. En aquella ocasión, como en las posteriores durante algún tiempo, sacó algunas monedas y pagó. Luego dejó de tener dinero, pero se le continuaba sirviendo porque la mujer del dueño le tenía lástima. No se sabía quién era ni de dónde había salido, solo que nunca hablaba y jamás estaba acompañado. Pero tampoco molestaba a nadie ni se quedaba demasiado rato. Aparecía por la puerta todos los días sobre la misma hora, hacia el anochecer, tomaba unos vinos y se marchaba. Algunas veces pagaba; otras, la mayoría, no. Parecía temer la proximidad de la gente. En un par de ocasiones

algún cliente se había dirigido a él y había reaccionado bruscamente, volviendo la espalda o levantándose y saliendo del mesón con más precipitación de la habitual, como impulsado por un miedo fulminante. Para el camarero era evidente que, chalado como estaba, desaparecería un día tan repentinamente como había aparecido y nunca más se le volvería a ver.

Esa información apenas contestaba a una mínima parte de mis preguntas. Salí, decidido a regresar al día siguiente para esperar a que apareciese. La lástima verdadera y profunda que sentía por el hombre me empujaba a querer más respuestas; la sensación se había apaciguado con los años transcurridos desde su desaparición, pero ahora, al volverlo a encontrar, bullía de nuevo como agua puesta al fuego. y además me sentía estafado por el destino, estafado por mi suerte e incluso estafado por el propio desconocido, que me había complicado la vida desde que se cruzó en mi camino veintisiete años atrás y en todo ese tiempo no me había permitido saber nada, absolutamente

nada, de él. Para mí era una historia inacabada, cuyo final lógico habría sido que recuperase la memoria y la normal capacidad de su cerebro al poco tiempo de resultar herido y todo volviese a ser, para él y para su familia, como antes de que se produjera el disparo, quedando ese periodo como una oscura pesadilla en el recuerdo. Ese final también habría sido feliz para mí, al darme la tranquilidad hasta ahora negada. Pero la pesadilla continuaba y no podía volver la vista o tratar de olvidar, porque era el único testigo de lo sucedido. Pasé nervioso todo el día siguiente, dejando correr el tiempo y aguardando que llegase el momento del encuentro.

Se notaba que era sábado por la tarde, porque el mesón estaba bastante animado. Además del camarero que ya conocía, había una señora gorda y sudorosa en la cocina, que vigilaba varias sartenes a la vez. Debía de ser la mujer del dueño, la benefactora del mendigo. El camarero dejó lo que estaba haciendo y me sirvió de inmediato, con una enorme sonrisa afectada en los labios. Sin duda,

tenía que ver la considerable propina que había dejado la víspera. Me instalé en la barra, en el mismo sitio que el día anterior, de espaldas a la entrada. Notaba un latigazo nervioso cada vez que el sonido de la campanilla indicaba que alguien abría la puerta y pasaba al interior, hasta que las voces y el jolgorio de los nuevos clientes me indicaban que no se trataba de quien esperaba, y volvía a relajarme.

Estaba considerando, y tal vez deseando, la posibilidad de que el mendigo no apareciese ese día cuando la campanilla sonó de una manera que me pareció diferente. No necesité mirar para saber que era él. Ningún otro sonido acompañó a su entrada, e incluso tuve la sensación de que la estridencia de la campanilla era menos aguda, como si se hubiera contagiado de la lentitud del recién llegado. Pasó de nuevo a mi lado y, en vez de instalarse en el que según el camarero era su sitio habitual, se quedó un poco más cerca de la salida, a un par de metros de mí; al parecer, la proximidad de la gente seguía angustiándole. Me

alegré de que hubiera público en el local porque sabía que eso le obligaría a marcharse enseguida. En efecto, tomó otro vino rápido y, esta vez, sacó dinero para pagar; el día debía de haberse dado bien. Observé que, junto al cambio de la consumición, el camarero le entregaba un paquete envuelto en papel de periódico que había recogido de la cocina, probablemente algún bocadillo que la señora había preparado para él. El mendigo lo guardó en el bolsillo de la chaqueta y salió a la calle.

Esperé unos segundos y salí tras él. Caminaba con su habitual lentitud y además iba un poco encorvado; en ocasiones, para ayudarse, apoyaba una mano en la pared como si estuviera agotado. Me veía obligado a seguirlo muy despacio, y aun así tuve que detenerme un par de veces, simulando interesarme en algún escaparate para no pegarme a sus talones, hasta que entendí que tales precauciones eran innecesarias. A pesar de su paso dubitativo, sabía bien hacia dónde se dirigía. Recorrimos en esas condiciones unos cientos de

metros, al cabo de los cuales se desvió a la izquierda, entrando en un callejón apenas iluminado que terminaba bruscamente en el otro extremo, cortado por una tapia de ladrillos. La calle, de no más de cuarenta metros de longitud, albergaba algunos comercios de aspecto humilde, cerrados al ser sábado por la tarde, junto a otros locales clausurados y abandonados hacía tiempo, como demostraban los cierres metálicos echados y enmohecidos. Había dos bares de camareras señalizados por otros tantos farolillos rojos sobre sus puertas. También se veía un pequeño letrero luminoso que anunciaba una pensión en el tercer piso de una de las casas. Yeso era todo.

El mendigo se dirigió hacia uno de los locales abandonados y descendió un escalón, desapareciendo en la oscuridad durante un par de minutos. Aguardé desde una distancia prudencial y me disponía ya a acercarme, convencido de la existencia de alguna entrada secreta al interior del local, cuando apareció de nuevo. Arrastraba un bulto que resultó ser un carrito de la compra, uno

de esos con asa metálica y ruedas para trasladarlo con comodidad. Cruzó la calle y entró en el portal de la pensión. Cuando desapareció, inspeccioné el lugar del que había sacado el carrito. La luz era escasa y tuve que recurrir al encendedor. Descendí el escalón y me encontré en un mínimo espacio rectangular, una especie de nicho que constituía la antesala de lo que había sido un antiguo comercio, sin duda cerrado mucho tiempo atrás. El piso del nicho estaba lleno de suciedad y recubierto de papeles y hojas de periódico. También había algunas viejas mantas raídas, dobladas y amontonadas en una esquina. En el suelo, junto a las mantas, vi unas botellas de vino vacías y un recipiente de plástico duro cubierto por un cartón; dentro de él, había dos escudillas de metal, algunos botes de cristal o plástico y una media docena de cucharas y tenedores, todos de diferentes tamaños y formas. Descubrí también unos jirones de papel de periódico, como el que envolvía el bocadillo que le habían dado en el mesón. Sin duda, me encontraba en ese momento

en la casa del mendigo. La caja de plástico era su cocina y su despensa; el nicho rectangular, su comedor y su habitación; el callejón oscuro y condenado en un extremo, su hogar.

Subí de nuevo el escalón, regresé a la acera y miré hacia la pensión. Si había subido hasta el tercer piso con el carrito significaba que, como yo supuse al verle pagar los vinos un rato antes, el día había sido provechoso y podía permitirse dormir esa noche en una cama y tal vez asearse con comodidad. Entré al portal y subí las escaleras. Parecía que todos los habitantes del callejón se habían confabulado para darme un recibimiento tétrico de oscuridad densa, porque tuve que echar nuevamente mano del encendedor para encontrar el interruptor de la luz. Cuando lo pulsé, una bombilla de escasa potencia iluminó a medias el angosto rellano. Llegué al tercer piso y toqué el timbre. El olor a humedad y a cerrado que inundaba la escalera debía de tener su origen en el interior de la pensión, porque se acentuó cuando una mujer madura, robusta, de cara recelosa y

rigurosamente vestida de negro abrió la puerta. Por aquel entonces yo iba bastante arreglado, con mi traje y mi corbata, pero eso, lejos de dar confianza a la patrona, hizo que se pusiera en guardia. Creo que pensó que era policía. Para disuadirla, le dije que pensaba echar una canita al aire, tomar unas copas en los locales que había visto en la calle y tal vez invitar luego a una de las chicas. Cuando le pregunté si en su casa admitían parejas sonrió por primera vez. Sin duda su mejor y quizás único cliente lo componían las parejas apresuradas que se improvisaban en los tugurios de abajo. Antes de darle tiempo a sugerirlo, me ofrecí a pagar por adelantado lo correspondiente a dos días y añadí una buena propina, que probablemente era la primera que veía en mucho tiempo. Me dio la llave y se marchó ufana, como si tener por fin un cliente generoso la convirtiese en la propietaria de un elegante y concurrido hotel céntrico.

Entré en la habitación que, según la mujer, era la mejor de todo el establecimiento. Me costó

imaginar cómo serían entonces las otras. Los únicos lujos a la vista eran un espejo de medio metro cuadrado, un recipiente con agua, una palangana y una toalla húmeda por el reciente uso. La cama no podía considerarse un lujo. Abrí la ventana y me asomé a la calle. El olor que subía de los cubos de basura refrescó y renovó el aire de la habitación, imponiéndose sobre el cargado ambiente que noté al abrir la puerta. El sitio era muy desagradable, pero desde la ventana se veía el nicho del mendigo. Mi primera idea, nada más entrar en la pensión, había sido intentar sonsacar a la patrona, pero sabía que la propina la había rendido a mis pies y que con otro billete me contaría por la mañana lo que quisiera, así que me dispuse a empezar por otro lado. Mi experiencia en bares de camareras de los últimos meses iba a servirme por fin de alguna utilidad. Me ajusté la corbata, comprobé el dinero que llevaba encima y salí de la habitación. Al pagar la cuenta había observado que solo faltaba en el casillero una llave, la de la habitación número seis, contigua a

la que se me había asignado y que ahora debía de ocupar el mendigo. Antes de salir pedí a la patrona que me despertara a la misma hora que al otro inquilino, para que no tuviera ella que molestarse dos veces. Sonrió de nuevo, reafirmada en la idea de que trataba con un auténtico caballero, y me explicó que el otro no le había hecho ninguna indicación, pero ella ya conocía su costumbre y le avisaba siempre a las doce menos cinco, cinco minutos justos antes de que la habitación debiese ser abandonada. El hombre lo sabía, y apuraba al máximo el tiempo.

El ambiente selecto de los dos tugurios hacía juego con el de la pensión, como las chicas de la barra lo hacían con la belleza y lozanía de la patrona. También aquí el color del dinero desataba las sonrisas y las ganas de complacer. No tardé mucho tiempo en saber que en el primer local no iba a averiguar nada. Era un bar pequeño y mal iluminado por media docena de bombillas recubiertas de celofán rojo. En la barra había tres chicas. Una de ellas, la que conseguía parecer más

joven, atendía al único cliente y las otras dos ojeaban una revista que traía fotos de una boda principesca en los jardines de una lujosa mansión. Cuando entré, una de las dos vino hacia mí y me atendió. Parecía un ama de casa de mediana edad pintarrajeada en exceso, y tal vez lo fuera. Fui directo al grano, carecía de sentido andarse con sutilezas. La chica ni siquiera había observado que un mendigo durmiese a veces en la calle, a pocos metros de allí; sus compañeras, a las que preguntó, tampoco. Pagué, añadiendo una buena propina, y salí, dejando que volviese a ocuparse de sus invitados, en los jardines de la lujosa mansión.

Al apartar la burda tela oscura de la entrada del otro tugurio me encontré en un local muy parecido al primero; pensé que ambos formaban un único local, pintado y decorado a la vez y separado luego por un tabique. También las chicas parecían calcadas de las otras, con su edad madura, su tez morena y el exagerado maquillaje sobre sus rostros inconcretos y fáciles de olvidar. Tuve la sensación de que tampoco iba a sacar nada en

limpio.

Me llevó un rato encauzar la conversación, porque la chica que se apresuró a atenderme parecía empeñada en seducirme rápidamente y subir conmigo a la pensión. Cuando vio que no me interesaba se mostró ofendida pero se avino a responder a mis preguntas, aunque pronto me aclaró que era mejor que esperase a una compañera cuyo turno no había comenzado aún y que, al ser la más antigua del local, conocía mejor que nadie la historia de El Portugués. Me decidí a esperar, animado porque parecía estar al fin en el buen camino. Aunque fuese mediante un apodo, al menos había nombrado de alguna forma al mendigo, y si la chica que estaba por llegar tenía antigüedad en el puesto, quizás podría retroceder en el tiempo lo suficiente para darme alguna pista sólida.

Entretuve la espera con un par de copas y una charla rutinaria con mi pareja. La mujer apareció una buena media hora después. Era un poco más

alta y estilizada que las otras y también las superaba en edad. Su cabellera, recogida en un moño, era sospechosamente negra para no estar teñida, pero el detalle pasaba desapercibido ante la inesperada elegancia con que me pareció que llevaba su escotado vestido verde. Pasó detrás de la barra, dejó su bolso en el estante y se pintó los labios con desgana. Mientras lo hacía, la otra le puso al corriente de lo que yo pretendía. Me miró con indolencia y se encogió de hombros, sin duda acostumbrada a oír cosas más estafalarias. Cuando se sentó frente a mi entramos directamente en el tema, obviando los falsos piropos mutuos.

El nombre de El Portugués se lo había puesto ella, porque una vez le pareció que él hablaba en ese idioma. Se le quedó el mote cuando las chicas y los clientes, que algunas veces hacían bromas a su costa, le empezaron a llamar así. El apodo tenía tanta razón de ser, o tan poca, como cualquier otro, porque lo cierto era que aquel día debió de imaginarse que él hablaba, ya que después ni ella ni nadie le oyó decir nada más.

Había llegado al barrio ocho años atrás, en 1955. Ella lo recordaba con precisión porque coincidió con la época en que el negocio experimentó una fuerte subida. En aquel año llegaron a abrirse cuatro locales más en la calle, pero había trabajo para todos porque a los hombres les dio por venir a todas horas. La coincidencia en el tiempo fue muy grande, de días casi, y algunas chicas pensaron que era el misterioso mendigo quien trajo la suerte a la calle. Por eso no le molestaban cuando se refugiaba por las noches en alguno de los viejos sótanos abandonados o pedía limosna a los clientes de los locales. Para estos mismos llegó a ser como de la familia, una especie de mascota a la que en ocasiones, cuando estaban alegres, daban buenas limosnas. Claro que también estaban los graciosos que a veces le gastaban bromas pesadas o le daban de beber porque les divertía la reacción que el alcohol le provocaba. En estas ocasiones, Adela –así dijo la mujer que se llamaba – solía salir en su defensa.

La época de las vacas gordas duró dos o tres años y, pasado ese tiempo, la buena estrella de los bares del callejón decayó. Uno a uno, los locales fueron cerrando y las chicas desaparecían con ellos, emigrando a zonas más prósperas y arrastrando consigo a los clientes de siempre. Ella fue una de las pocas que aguantó, y la única que ahora quedaba de los buenos tiempos. Ella y El Portugués, que había continuado su vida tan ajeno a la decadencia como lo había estado al esplendor, recorriendo los cubos de basura, pidiendo limosna en las calles vecinas y pasando las noches en cualquiera de los sótanos. En alguna ocasión se lo llevaba la policía por practicar la mendicidad, le arreaban unos sopapos y lo soltaban, pero él regresaba siempre, como el perro perdido a casa del amo. Con el tiempo se fue contagiando de la decadencia del callejón. Algunos días se instalaba en su esquina envuelto en mantas, con las botellas de vino que había podido agenciarse, y se quedaba allí hasta que la bebida se le terminaba. Últimamente, cuando obtenía algún dinero,

cambiaba la calle por alguna habitación de la pensión. Tarde o temprano, más temprano que tarde, le daría un arrechucho gordo y se lo llevarían para siempre a un hospital de la beneficencia, y allí moriría. Eso si no amanecía cadáver cualquier mañana.

La mujer sirvió una copa para mí y otra para ella y añadió que, cuando eso ocurriese, lo sentiría de veras. Pareció sincera al hablar así. Sabía que yo no buscaba sus servicios profesionales y se mostró desde el principio como realmente era. Su compañía me fue gustando a medida que avanzaba la conversación, y no solo debido a la lástima por el mendigo que ambos compartíamos. Adela tenía algo especial.

Le di las gracias y pagué la cuenta. Cuando me disponía a salir sugirió la posibilidad de subir conmigo a la pensión. Por la forma de decirlo, y por la forma de mirar mientras lo decía, adiviné que las veces que los clientes la elegían a ella en vez de a alguna de las otras chicas más jóvenes

eran cada vez más espaciadas. No quería herir su orgullo, pero estaba allí por otra causa; además, y precisamente porque su compañía me había gustado, la idea de pasar la noche con ella en el sórdido hostel, consciente de la silenciosa presencia en la habitación contigua, me parecía tétrica, obscena, repugnante casi. Mentí argumentando una cita falsa; ella no me creyó, pero sonrió con profesionalidad, dejando abierta la posibilidad de que regresase otro día a buscarla. Al echar la cortina oscura detrás de mí y cerrar la puerta tuve la sensación de que el bar era una cárcel sin rejas de la que ella no saldría ya nunca.

Pero sí lo hizo ... Yo estaba ya en la pensión. Fumaba un cigarrillo en la ventana, agobiado por el pegajoso calor, cuando la vi. Debía de ser la encargada de hacer la caja y cerrar la puerta, porque salió unos minutos después que sus compañeras. El atractivo estilo que me había gustado mientras hablaba, acodada en la barra del bar, resultaba más patente ahora, al verla caminar

hacia la salida del callejón enfundada en su vestido verde, recortada su silueta contra la luz que entraba desde la calle principal. Cuando llegó a la esquina hizo algo que me sorprendió. Se detuvo y giró sobre sus tacones altos, encarando la oscuridad de la que acababa de salir. Sonreí y me despedí mentalmente de ella. No sé por qué pero años después, cuando mi época próspera también se había esfumado, recordaría en ocasiones aquella silueta estática que durante unos segundos miró hacia donde yo estaba, como si supiera que la estaba observando y también ella estuviera diciéndome adiós.

Por último, giró y desapareció tras la esquina. El ruido de sus tacones sobre las baldosas de la acera se fue haciendo más tenue, hasta que el silencio se posó de nuevo sobre la calle como antes de que ella hubiese aparecido.

Era un silencio sólido y sin resquicios que sugería que la pensión estaba desierta, como si la misma patrona hubiera vetado la entrada a otros clientes y

luego se hubiese marchado para dejarme a solas con el inquilino de la habitación contigua. Aunque me esforzaba por captar algún sonido procedente del otro lado del tabique, el mendigo, como si no estuviese allí, no hacía el menor ruido. Me encontraba tumbado en la cama boca arriba, fumando un cigarrillo. Acostumbrado ya a la oscuridad, miraba como hipnotizado hacia el techo, dejándome llevar por las formas sin sentido que componían las volutas del humo. Debí de quedarme dormido sin darme cuenta, y cuando desperté, sobresaltado por el ruido que yo mismo hice al cambiar de postura, estaba amaneciendo, como si la noche hubiese durado solo unos minutos.

Algunos sonidos al otro lado de la pared me indicaron que el mendigo estaba despierto. Conformaban la imagen de un hombre despertándose, desperezándose y vistiéndose con gran lentitud, como si estuviera empeñado en no alterar el silencio que se iba eclipsando a medida que avanzaba la mañana.

Me asomé a la ventana y miré hacia la calle. La luz del día la hacía más sórdida de lo que me pareció la víspera. El mendigo salió de su habitación, cerrando la puerta tras de sí. Tardó unos minutos en bajar las escaleras, quizás se entretuvo pagando la cuenta. Cruzó a la otra acera, entró en el nicho rectangular, sacó del carrito unos cuantos objetos que no distinguí con claridad y los colocó en su lugar, como el viajero que deshace el equipaje. Le llevó unos minutos ordenarlo todo. Cuando volvió a la acera y se encaminó hacia la salida del callejón abandoné la habitación.

La patrona me dijo que se disponía a llamarme en ese momento. Estaba más maquillada y sonriente que la noche anterior. Sabía que había dormido solo y tal vez esperaba que su insinuante actitud despertase mi interés. Aunque eso me costó la cantidad que había dejado a cuenta, le dejé creer que regresaría esa noche y me marché sin darle explicaciones, bajando deprisa las escaleras para no arriesgarme a perder al mendigo. Cuando

alcancé la calle, casi había desaparecido tras la esquina.

Caminamos unos minutos a su ritmo y llegamos a un parque. Era espacioso pero estaba bastante descuidado, con grandes zonas de césped y algún que otro cubo de basura volteado y caído sobre su desparramado contenido. No era precisamente un parque de la zona cara, pero eso no parecía importar a las familias que ese domingo por la mañana lo transitaban o formaban grupos alrededor de las mesas de los varios bares con terraza. Las componentes de uno de los grupos iban vestidos como si celebrasen alguna fiesta; los maridos hablaban con los maridos y las esposas con las esposas; integrado en el corro de hombres había un guardia civil que, al igual que los demás, iba cuidadosamente arreglado, con su flamante uniforme y su brillante tricornio de charol. El mendigo debía de asociar el traje verde y el tricornio con algo malo para él, porque se alejó hacia otra zona del parque, quedando oculto por un grupo de árboles a las miradas de los que

ocupaban las mesas. Le seguí y, cuando pareció encontrar un lugar a su gusto y se instaló para pedir limosna, me senté en uno de los bancos alargados de madera y me puse a observar.

Extendió un periódico sobre el suelo y se colocó frente a él en una postura que recordaba a la de los monjes orientales. Puso encima del improvisado mantel un plato metálico con alguna calderilla a modo de reclamo y unas figuritas de vírgenes y santos que, además de impedir que el viento desplazase el periódico, completaban una imagen piadosa y humilde que debía de ser muy del gusto de los ciudadanos que acababan de salir de la iglesia, porque no eran pocos los que se agachaban para dejar unas monedas en el plato metálico.

Estuvimos así un buen rato, él pidiendo y yo mirando, hasta que consideró que ya tenía suficiente y comenzó a recoger sus bártulos.

Entonces llegaron los niños.

Formaban un grupo de siete u ocho; dos de ellos hacían ese día la primera comunión; uno iba

vestido de marinerito y el otro de almirante, con un pomposo traje blanco con charreteras y cordones dorados. Usaba gafas y era algo más bajo que los demás, a pesar de lo cual se comportaba como si fuese el jefe natural del grupo, y parecía sentirse especialmente eufórico, agigantado por el protagonismo que el día le otorgaba. Los niños jugaban a policías y ladrones, usando pistolas de agua algunos de ellos y los dedos índice y pulgar en ángulo recto a modo de arma los demás. Unos y otros imitaban con chillidos el sonido de los disparos. Cuando el mendigo les oyó y miró hacia ellos, un repentino miedo le asomó a los ojos. Aceleró el paso todo lo que pudo, y esa insólita movilidad de su cuerpo me puso en guardia. Los niños, aunque se iban acercando a medida que los policías acosaban a los ladrones, no habían reparado todavía en él. Pero, de pronto, el niño almirante, que chupaba un enorme helado de cucurucho mientras disparaba su pistola de agua, lo descubrió y lanzó un chillido salvaje, mezcla de carcajada y grito guerrero, que me hizo levantar

como accionado por un resorte. Cuando los demás vieron a la víctima que su jefe les señalaba con gesto triunfal olvidaron en el acto su rivalidad de ficción y se dirigieron corriendo hacia el hombre, que aún intentó escabullirse patéticamente. Pero ya era tarde. No podía correr más que ellos, y los niños lo sabían. Redujeron la velocidad de su carrera, como si quisieran alargar el placer que para ellos parecía suponer darle alcance y rodearlo. Cuando se vio en medio del círculo de críos enloquecidos de alegría, el mendigo perdió la serenidad y con ella toda coherencia de movimientos. Intentaba salir del cerco, pero no sabía cómo. Creo que ni siquiera comprendía lo que ocurría, aunque por su mirada aterrada cuando los descubrió y por la forma mecánica y casi rutinaria de actuar de ellos, la escena se había repetido con anterioridad. Las que llevaban pistolas de agua comenzaron a descargarlas sobre él; los otros le tiraban de las ropas o le empujaban, intentando derribarlo. El, confuso y atemorizado como un toro en la plaza, carecía de

fuerza para intentar defenderse. Los niños gritaban encantados, disfrutando con la desigual lucha, contagiado y aumentado como estaba su sadismo por la alegría del día especial, lleno de regalos y festejos. De pronto el mendigo, en una de sus convulsivas sacudidas, golpeó al jefe del grupo. Fue un golpe casual cuya única fuerza provenía de la desesperación, pero suficiente para arrancar con violencia las gafas de la cara del niño y estrellar el helado contra su chaqueta de almirante. Se hizo el silencio. El mendigo permaneció quieto y expectante, evidenciando con la temblorosa respiración y la mirada lastimosa que su capacidad para seguir aguantando la tortura estaba al límite. Los niños se apartaron unos metros y permanecieron atentos a su jefe, cuya oreja adquiriría por momentos el aspecto de un pimiento morrón. Además, estaba furioso: probablemente el traje manchado le iba a costar una bronca pero, sobre todo, había quedado en ridículo delante de los demás. Respiraba agitadamente, y apretaba con tal fuerza los labios que parecían una mancha

lechosa en medio del sofocado rostro. Recogió sus gafas, se las ajustó sobre la nariz como pudo con la patilla torcida, echó mano al bolsillo interior de la chaqueta y extrajo lo que debía de ser uno de los regalos del día, una hermosa pluma de color ébano. Desenroscó el tapón, se fue hacia el mendigo y antes de que nadie pudiera evitarlo hincó el plumín en la pantorrilla del hombre, que se retorció y chilló como una rata herida de muerte. El grito reventó la tensión. Los niños, paralizados hasta entonces, se asustaron y echaron a correr. Todos menos el almirante. Por un instante pareció que iba a seguir a los otros, pero se lo impidió la fascinación que parecía sentir ante la imagen del hombre arrodillado y vencido que se agarraba la pantorrilla con las dos manos. Se acercó a él. Creí que iba a auxiliarle, pero cuando estuvo a su lado miró de nuevo en todas direcciones, como para verificar que sus compañeros no le observaban, y con renovada saña clavó el plumín en la espalda del hombre, sobrecogiéndose ante el nuevo grito de dolor que

había sido capaz de provocar. Entonces sí comenzó a alejarse despacio, volviéndose cada dos o tres pasos para mirar hacia el hombre, hasta que por fin corrió a reunirse con sus compañeros, sujetando en la mano la pluma con tal fuerza que parecía que nunca más fuese a soltarla.

Todo había ocurrido tan rápido que mi cuerpo seguía paralizado. Logré reaccionar, corrí hacia el mendigo y le ayudé a ponerse en pie. Al principio parecía temer que fuese a hacerle daño, pero al ver que mis intenciones eran buenas se fue tranquilizando. Por supuesto, no me reconoció. En cambio yo, al verle tan de cerca la mirada, sí pude corroborar que su mente seguía extraviada como en los viejos tiempos del asilo. Solo había una triste diferencia: además de todo, el hombre era ahora un anciano.

Nos acercamos hasta una de las fuentes del parque. Empapé mi pañuelo y le refresqué la nuca y la frente. No pude evitar que el gesto me recordara a otro casi idéntico que hice el día que lo encontré

en la cuneta, y que supuso mi primer contacto físico con él.

Me estaba preguntando qué hacer con él cuando fijé mi atención en una escena que tenía lugar a cien pasos de nosotros, en las mesas de las terrazas del parque, cuyos protagonistas eran el niño almirante y el grupo de padres bien trajeados, el mismo en el que se encontraba el guardia civil. La distancia me impedía escuchar, pero no era difícil comprender lo que estaba ocurriendo. Todos formaban corro alrededor del niño, que tras el incidente con el mendigo estaba dando su propia versión de los hechos a los que debían de ser sus padres, un hombre calvo y corpulento de mediana edad y una mujer rechoncha y algo más joven que se había apresurado a abandonar el grupo de mujeres al ver acercarse a su hijo llorando y con la chaqueta sucia, y ahora estaba acucillada junto a él. El almirante lloraba sonoramente y señalaba con insistencia hacia el lugar donde se había desarrollado la pelea. Una vez salvado su orgullo de líder quería ahora eludir la responsabilidad por

haber manchado el traje, e intentaba echar la culpa al mendigo. Cuando el almirante terminó su interpretación, el hombre corpulento vino hacia nosotros. El guardia civil se unió a él desenfundando, en un exceso de celo profesional, el arma reglamentaria. La situación amenazaba con desbordarse de forma tan estúpida como peligrosa.

No pude elegir. Agarré al mendigo del brazo y tiré de él, forzando al máximo su paso y aprovechando que los dos hombres no nos habían localizado aún para escapar. Cruzamos un pequeño seto y nos escabullimos con facilidad entre los árboles. El se dejaba llevar, como si comprendiese que le estaba ayudando. Cuando recorrimos unas decenas de metros y nos encontramos junto a la puerta del parque, me volví y vi a los dos hombres hablando entre sí, confundidos y enfadados por la rápida desaparición del agresor de menores. Pero pronto se dieron por vencidos y regresaron a las mesas, triunfantes a pesar del fracaso de su operación, para tomar una merecida copa. Su orgullo había quedado a salvo.

Justo al revés que la integridad física del mendigo. Cuando salimos del recinto del parque se agachó y examinó torpemente la herida de la pierna. El plumín había entrado en la carne medio centímetro, provocando un pequeño desgarrón cuando el hombre, al intentar zafarse, se había revuelto con violencia. La punzada, que aún no había parado de sangrar, debía de ser dolorosa. El miraba impotente la herida abierta.

Paré un taxi y nos subimos a él. El mendigo opuso al principio una mínima resistencia, pero al final se relajó en el asiento. Tal vez mis buenas intenciones le trasmitían tranquilidad, tal vez necesitaba confiar en alguien.

Mi casa, un segundo piso de un edificio habitado por familias de trabajadores, era un piso pequeño y casi idéntico a los demás del bloque, que a su vez eran muy parecidos a los que formaban los demás bloques. Bloques también iguales entre sí que se alineaban de seis en seis en filas colocadas ordenadamente hasta formar una ciudad en

miniatura, capaz de abastecerse a sí misma gracias a los comercios instalados en los bajos de los diferentes bloques: panaderías, supermercados, bares y tiendas de ropa.

Era domingo por la tarde y había partido de fútbol, así que los vecinos estaban reunidos alrededor de los pocos televisores del barrio, y la calle se encontraba prácticamente desierta. Lo preferí, porque la gente se hubiese hecho preguntas al verme llegar con tan estrafalario personaje.

Siempre me he apañado bien con las cosas de la casa, me gustaba tenerla arreglada y bien surtida de las comodidades que me podía permitir. Quería que el mendigo estuviera a gusto, así que lo senté en el sofá del saloncito y apenas entramos al piso le serví un buen vaso de vino tinto. Sonreí al caer en la cuenta de que era el primer invitado que recibía en mucho tiempo, y me agradó ver que estaba cómodo. Tras unos minutos sentado crispadamente sobre el borde del sofá, se apoyó contra el respaldo y descansó. Encendí el

calentador de butano y comencé a llenar la bañera. Por el intenso olor agrio de sus ropas y de su cuerpo y por su infantil recelo al entrar en el agua caliente, supe que su higiene no debía de ir más allá de refrescarse la cara y las manos en alguna fuente pública o en la palangana de la habitación del hostel. Pero disfruté de la placentera sensación. Le corté el pelo casi al cero y le afeité la cara, utilizando mi brocha y mi navaja. Su barba era escasa y blanda, y la piel se irritó al primer contacto con la hoja, pero mereció la pena porque media hora después había mejorado considerablemente de aspecto. Después, tras ayudarlo a salir de la bañera, limpié y vendé la herida de la pierna. La de la espalda era mucho más superficial, porque la ropa había atenuado el golpe. Le puse un pijama limpio y, antes de acomodarlo en mi cama, le calenté un poco de sopa que apenas probó; en cambio, sí bebió más vino, casi un litro entero.

Lo acosté en la cama. La cicatriz de la sien, descubierta ahora por el corte de pelo, resaltaba

con siniestra nitidez: un hondo y enrojecido rastro viejo sobre la carne. No pude evitar extender mi mano y rozar suavemente la herida con las yemas de los dedos, acariciándola casi. Cuando lo hice, el mendigo apoyó la cabeza contra la palma de mi mano como si quisiera dormir en ella para siempre, olvidar así ese profundo cansancio que expresaban sus ojos. Era un cansancio más moral que físico, un cansancio de años de deambular sin sentado pidiendo limosna, recorriendo el parque y las calles, durmiendo en el nicho rectangular, un cansancio del que no podía recordar que hubiera tenido un principio ni esperar que algún día tuviese final.

Rendido como estaba, no tardó en dormirse. Yo, en cambio, no pude conciliar el sueño. Pensando que él lo necesitaba más, le había cedido la cama, y me encontraba tumbado en el sofá del salón, rememorando las escenas vividas los últimos días con él. Por supuesto no es que me hubiese figurado, al acudir el día anterior al mesón, que pudiese llevar una forma de vida tópicamente

feliz, pero quizás sí dotada de algún aliciente, incluso de algún tipo de compañía humana, como la de otros mendigos en situación similar a la suya. Pero se hallaba completamente solo, y ahora sabía con certeza que su existencia era un patético dejar pasar los días sin comprenderlos, intentando comer, vestirse o refugiarse del frío y la lluvia con recursos probablemente aprendidos por el contacto ocasional con otros mendigos.

Cuando por fin me fui quedando dormido sentí, no sé si por lucidez o por el cansancio y la tensión, que había viajado en el tiempo muchos años atrás, hasta aquella primera noche en que, como ahora acababa de hacer, cedí mi cama al hombre herido entonces de muerte y tardé igualmente en dormirme, acostado en la hamaca de la parte trasera del refugio de cazadores con la inquietante presencia unos metros más allá, rodeados ambos por el silencio absoluto que, igual que ocurría ahora en el barrio obrero, reinaba aquel día en el campo. Por un segundo tuve la certeza de que la sensación era real y noté, supe, que el tiempo

transcurrido entre ambos momentos, fueran veintisiete años o unos segundos, era secundario. Lo realmente importante era que estábamos ahí, que seguíamos ahí, flotando en el silencio.

La realidad regresó con las primeras luces del amanecer. Me levanté apenas abrí los ojos. Ya sabía lo que debía hacer y no quería perder tiempo.

El propietario de la pequeña estación de servicio del barrio, situada a dos manzanas de mi casa, era un hombre maduro y soltero como yo, con el que había compartido alguna noche de juerga. Aunque era muy temprano ya llevaba un buen rato al pie del cañón, según me dijo cuando le pedí prestada su vieja furgoneta. Al entregarme las llaves me advirtió que el motor estaba fallando últimamente y convenía que tuviese la precaución de no pisar mucho el acelerador. Le prometí estar de vuelta esa misma mañana y conduje hasta el portal de mi casa, decidido a llevar al hombre al Hospital Psiquiátrico.

Estaba ya despierto, aunque todavía en la cama, cuando entré en el piso. Le ayudé a ponerse uno de los trajes que en su día me había regalado Claudio, uno blanco de verano que jamás había usado y que, aunque le sentaba demasiado grande al mendigo, le daba mejor aspecto que sus ropas mugrientas. Bajamos a la calle. Se mostró inquieto al entrar en la furgoneta, y me pregunté si tal vez estaba recordando, igual que yo, el día de tanto tiempo atrás en que lo llevé al Asilo. Sin embargo, apenas salimos de la ciudad posó su mirada indiferente sobre el paisaje y ya no la movió.

Eran las primeras horas del día, pero el calor ya convertía la carretera en un horno. Cuando cogí el camino secundario que llevaba al Hospital decidí bajar la marcha para no forzar el motor, pero aun así la recalentada furgoneta comenzó a renquear. Al salir de una curva y enfilar un tramo recto fuimos perdiendo velocidad poco a poco, hasta quedarnos parados en medio de la recta, sin ninguna sombra bajo la que guarecernos del sol. Me apeé, levanté el capó y refresqué el motor con

un poco del agua de reserva que había en una botella al pie del asiento del conductor. La cosa no parecía grave, pero para poder continuar la marcha era necesario que el motor reposara unos minutos. Me quedé en el asiento, con las dos puertas abiertas para aprovechar la escasa corriente de aire que pudiera crearse, mientras el hombre eligió bajar y caminar alrededor del coche sin rumbo fijo, unos pasos hacia aquí y otros hacia allá, hasta que su extraña impaciencia pareció desaparecer y se quedó mirando el horizonte junto a la cuneta de tierra, de espaldas a mí.

Y entonces ocurrió.

El mendigo estaba quieto como un bloque de granito. El traje blanco reflejaba la luz del sol con tanta intensidad que me obligaba a guiñar los ojos. Cerré un instante los párpados, pero aun pude seguir viendo puntos de luz, revoloteando en mi retina como veloces insectos negros. Masajeé instintivamente los ojos con el dorso de las manos, y salí del coche con la intención de sentar al

hombre en su asiento, no fuera a coger encima una insolación.

Estaba a unos pocos pasos de él cuando repentinamente se echó las manos a la cabeza, apretándose las sienes con toda la fuerza de las palmas abiertas. A la vez, dio dos pasos hacia atrás tambaleándose, como si alguien invisible lo hubiese empujado o un rayo hubiera impactado contra él. Pero no se había movido como me tenía acostumbrado a verle hacerlo. Todos sus movimientos fueron ejecutados con inusual agilidad. Pensando que el sol le habría hecho daño, me acerqué hasta él y posé mi mano en su hombro. Cuando se volvió y me miró, enmudecí: el hombre que estaba frente a mí no era el mismo que un minuto antes se había parado a mirar el horizonte junto a la cuneta de la carretera. Su expresión había cambiado de tal modo que las reconocibles facciones parecían otras. Era una mirada intensa y lúcida la que ahora salía con fuerza arrolladora desde el fondo de sus profundos ojos negros, una mirada que yo conocía porque la

había visto en una ocasión, cuando por primera y única vez, al poco de haber sido herido, el hombre despertó en medio de un grito espantoso. En aquel momento me aterrorizó porque comprendí que estaba viendo el rostro de la Muerte. Pero ahora me estremecí aún más: el ser invisible que acababa de sacudirlo era su memoria muerta, que durante un segundo había resucitado de su encierro y ese momento pugnaba ante mis ojos por ser libre para siempre.

De pronto, también mis piernas fallaron. Pensé que no me iban a sostener. Al igual que le había ocurrido a él, yo también recordé. Recordé y comprendí. Comprendí qué había despertado sus recuerdos, porque reconocí el calor achicharrante, el mismo de aquel lejano día, la hora tempranísima de la mañana, los colores del campo brillando ya con fuerza ... Y reconocí el espacio en el que nos encontrábamos los dos de pie, frente a frente. Reconocí el tramo de carretera secundaria, donde muchos años atrás me crucé con un cadáver en mi camino; reconocí el desnivel de la cuneta de la

cual recogí el cuerpo y el ardiente asfalto por el que lo arrastré hasta encaramarlo en la parte trasera de la camioneta; y reconocí el silencio que, como entonces, nos envolvía ahora. El hombre me miraba. Sus ojos expresaban que un aluvión de recuerdos, sus recuerdos encerrados durante casi tres décadas, regresaban ahora con furia de río desbocado. Ante él pasaron todas las imágenes de su vida anterior a la guerra, hasta llegar al fusilamiento y el disparo fatal. Y, tras el recuerdo del disparo, visualizó su vida posterior. Cuando comprendió que no estaba soñando, que todo era realidad, una realidad macabra, obscena, diabólica, pareció que los ojos se le fueran a salir de las órbitas. Pero su cuerpo fue más fuerte que el brutal impacto emocional y resistió sin caer fulminado. Yo era incapaz de moverme o sustraerme a la fascinación que me producía ser testigo del violento terremoto que se estaba produciendo en su cerebro, más aterrador por su contraste con la calma exterior. De pronto abrió los labios. Pensé que iba a hablar, por un momento

tuve la esperanza de que iba a decir algo, pronunciar una sílaba aunque solo fuese eso. Sin embargo, interrumpió en seco el gesto y comenzó de pronto a caminar hacia atrás lentamente, con torpeza, manteniendo su mirada sobre el desconocido que tenía frente a si. Pensé que iba a repetir entonces el espeluznante grito que yo había escuchado en una ocasión, pero se limitó a girar sobre sus talones y echó a andar por la carretera en dirección elegida sin duda al azar pero con extraña firmeza e insospechada rapidez, como quien tiene prisa desesperada por llegar a un destino cuya ubicación desconoce. Su paso se fue haciendo más resuelto, y la distancia hizo que su figura fuera perdiendo contornos y se desdibujara hasta convertirse en una mancha de color en movimiento que, por último, tomó la curva y desapareció.

Permanecí mudo e inmóvil todavía durante unos minutos, indiferente al calor y a la potencia del sol, incapacitado para reaccionar, hasta que un ruido rítmico que me pareció ensordecedor me

despertó; era el bombeo de mi propio corazón, latiendo con fuerza contra mis sienes.

Inmediatamente subí al coche y seguí la dirección que el hombre había elegido, la que llevaba de regreso a la ciudad. Aunque parecía imposible que hubiera desaparecido, no conseguí localizarlo, y eso que hice dos veces el trayecto pensando que, en mi prisa por darle alcance, tal vez había conducido demasiado aprisa. Pero era como si la tierra se lo hubiese tragado.

Una hora después me encontraba de nuevo en uno de los bares del barrio, tomando mi tercera copa de coñac. Había sentido la necesidad de beber, pero el alcohol no conseguía relajarme. Hasta mi amigo, cuando le devolví la furgoneta, me dijo que tenía cara de cadáver. Me sentía raro, como sumido en una especie de trance, igual que si un mago me hubiese hipnotizado cuando comenzó la escena de la carretera y no hubiera chasqueado aún los dedos para despertarme.

La imagen cotidiana de un grupo de obreros

vestidos de mono azul, que terminaban en ese momento su almuerzo a base de bocadillos y pedían ya los cafés y las copas de anís, me devolvió a la realidad. Caí entonces en la cuenta de que estaba bastante borracho; pero también, al haber reaccionado, pude pensar con serenidad.

No quedaba lugar a dudas sobre lo que había ocurrido en la carretera. Era algo sencillo, trágico pero sencillo: el hombre había recuperado la memoria. ¿Qué ocurriría con él ahora? Solo dependía de la naturaleza de su carácter. Podía tratarse de alguien dotado de fuerte voluntad, que asumiese con coraje la pesadilla de haber visto su vida dramáticamente interrumpida durante casi treinta años y se dispusiera ahora a retomar en la medida de lo posible el control que se rompió aquel día de 1936, pero también podía tener una personalidad pusilánime que no le permitiese soportar la broma siniestra del destino. Esta posibilidad me parecía mucho más factible, e imaginaba que podía llevarle a tirarse por una ventana o saltar bajo las ruedas de un camión.

Decidí recorrer los lugares en los que le había visto moverse, el mesón, el parque, el callejón ... Era lo menos que podía hacer por él. No creía que, caso de llegar a encontrarlo, pudiese hacer gran cosa por ayudarlo, pero tal vez le sirviera de algún consuelo hablar con la única persona que conocía su historia. Además, si daba con él quizás podría saber por fin quién era realmente y, por tanto, cómo finalizaba la historia largo tiempo inacabada. Dedicué varios días a esa búsqueda, recorriendo el parque, pasando el tiempo en el mesón o vigilando la entrada del callejón; pero por ninguna parte hubo señales de él. El nicho donde dormía estaba abandonado, con evidencias de que no había vuelto a pasar allí ninguna noche, y el solícito camarero del mesón me dijo que el mendigo no había regresado por el local. Poco a poco fui regresando a mi actividad normal, que había descuidado bastante, provocándome incluso algunos problemas en el trabajo, pues durante los primeros días que intenté encontrar al hombre falté en más de una ocasión, y lo hice sin dar

explicaciones convincentes. Pero es que localizar al mendigo se convirtió en una especie de obsesión inexplicable que crecía a medida que fracasaban mis intentos, y que me empujaba a estar horas y horas acodado en la barra del mesón o rondando la zona del parque en la que le había visto pedir limosna, como si el hecho de que apareciese de nuevo pudiera darme el alivio definitivo para una inexistente enfermedad o supusiera una especie de extraña salvación personal. La continua frustración provocada por los infructuosos resultados de la búsqueda me hizo caer en una depresión que hasta entonces nunca había sentido y que fue afianzándose en mí a medida que pasaba el tiempo.

Un día me acerque hasta el callejón. En las anteriores ocasiones había entrado en él por la mañana, con la ingenua esperanza de encontrar al hombre durmiendo. Pero, como tampoco había resultado, decidí echar un vistazo por la noche. Tal vez tomaría una copa en alguno de los tugurios mientras aguardaba ... El callejón estaba oscuro y

silencioso. El nicho del mendigo se veía tan vacío como los días anteriores, y sentí un escalofrío ante esa tétrica caricatura de vivienda. Necesité de pronto tomar una copa, ver gente. Me dirigí hacia los dos tugurios, pero ambos estaban cerrados; sería su día libre, pero tuve la sensación de que mi soledad en medio del callejón crecía de repente hasta niveles asfixiantes, obligándome a caminar hacia la calle principal con prisa, casi corriendo, asustado de súbito como si me amenazase una fuerza invencible a la que solo reconocí cuando me encontraba ya en el mesón, paulatinamente relajado por el sabor del alcohol y, sobre todo, por la proximidad de la gente. La fuerza invencible era mi propia soledad. Por primera vez me sentí completamente solo, y, aunque era algo que siempre había buscado, tuve miedo, miedo más allá de lo físico. La imagen que me devolvía la pared de espejo del mesón, mientras tomaba una copa tras otra para serenar los nervios, era la de un hombre que no disponía ya de tiempo para echar marcha atrás y romper esa soledad

irreversible que él mismo se había labrado y que le acompañaría ya para siempre. Vi con nitidez la triste verdad: tenía cincuenta y tres años y había desperdiciado mi vida. Recuerdo que en aquellos momentos me asombró haber estado tan ciego, o haber sido tan imbécil, para no darme cuenta cuando aún tenía tiempo de rectificar. y de una forma estúpida, inexplicable, seguía allí sentado, esperando a que el hombre volviese a aparecer, como si esa aparición pudiera darme la segunda oportunidad que tan necesaria me parecía de repente. Tal vez, en lo más profundo de la mente, sabía que lo único de alguna importancia que había hecho, lo único que justificaba mi existencia, era haberle salvado la vida al comienzo de la guerra.

Esos pensamientos merodearon por mi cerebro, más siniestros y sombríos a medida que el camarero me llenaba el vaso una y otra vez. El alcohol ingerido fue imponiéndose poco a poco, y terminó por anular toda mi capacidad de pensamiento.

Al día siguiente me desperté temprano. No recordaba cómo había llegado a casa. Mi cabeza, a punto de estallar, solo comenzó a funcionar con normalidad después de una ducha fría, algunas aspirinas, dos tazas de café y un par de tragos de coñac. Ante todo, decidí olvidarme de las búsquedas de imposible solución. Ya nunca sabría qué había ocurrido con el mendigo y, aunque lamentaba de verdad su terrible destino, e incluso lo sentía en parte como mío, comprendí que seguir empeñado en ayudarlo era como obstinarse en derribar una pared con las manos. Lo más probable era que el pobre diablo ya hubiese acabado con su vida, incapaz de afrontar lo que le había ocurrido. Además, yo tenía que pensar en mí mismo.

Salí a la calle, dispuesto a recuperar el ritmo en el trabajo. Hacía un día espléndido y las negras reflexiones de la víspera me parecían exageradas e irreales, provocadas solo por el exceso de alcohol que había tomado.

Pero, a pesar de aquel planteamiento optimista, todavía sigo hoy convencido de que, en algún momento de aquellos días tan especiales, se disparó sin que yo lo sospechara el pistoletazo de salida de una nueva andadura en mi vida, una andadura que resultaría ser una escalera que únicamente podía recorrerse en una dirección: descendiendo peldaños.

Dicen que solo se valora lo bueno que se tiene cuando se pierde. Siempre había apreciado a mi jefe, gracias a él conseguí lo que tenía. Aunque sé que para otros podía ser poca cosa, para mí fue bueno y suficiente durante años. Pero nunca me había parado a pensar que el día que Claudio muriera las cosas podían cambiar tanto como cambiaron. Como nos conocíamos desde hacía tanto, algunos de nuestros acuerdos no figuraban en ningún contrato escrito. Cuando vendió la finca tiempo atrás y me dejó el piso por un precio muy bajo no me pareció correcto pedirle un contrato de alquiler. Él era un caballero y con su palabra me bastaba. Pero sus tres hijos tenían una idea distinta

de las cosas. Ya en los últimos tiempos habían manejado a su antojo muchos aspectos de los negocios familiares, aprovechando los primeros amagos de la repentina enfermedad de su padre, aunque por respeto hacia él aceptaban la vigencia de sus decisiones. Una de esas decisiones se refería a mi apalabrado contrato de alquiler.

Apenas el viejo murió, sus hijos decidieron iniciar de inmediato una etapa más moderna y dinámica de los negocios familiares. Fueron ellos quienes me obligaron a descender el primer peldaño ... Naturalmente, no me forzaron a abandonar la casa de inmediato; me dieron un tiempo prudencial para encontrar otra vivienda, además de abrumarme con un montón de explicaciones sobre el nuevo destino que esperaba a los bloques de pisos de su propiedad. No me molesté en tratar de entender las explicaciones y tampoco intenté protestar, porque sabía que sería inútil. Acaté la decisión y me trasladé enseguida a una fonda. No quería permanecer allí ni un minuto más. Y me mordí los labios con rabia, pensando lo poco que le habría

gustado al viejo que me echasen así.

La fonda era cómoda, limpia y agradable. Pagaba una cantidad mensual que acordé con el encargado, y que incluía cama, ducha y tres comidas diarias, y no me molesté en buscar un piso. Me encontraba muy a gusto allí.

El descenso del siguiente peldaño llegó un par de años después, cuando el administrador de las empresas familiares, constituidas ya en importante sociedad anónima, me anunció que debían prescindir de mis servicios en el muelle de camiones. Protesté, pero la decisión era irrevocable. Por suerte para mí, en este caso sí había contrato firmado, y me tocó una buena liquidación. Como en el asunto del piso, también me dieron un tiempo para encontrar otra cosa; pero, al igual que en el asunto del piso, dejé el puesto de inmediato. Y también me mordí los labios recordando a mi viejo patrón.

Organicé como pude el dinero que me dieron y me puse a buscar trabajo. Pero no era fácil. Pasaba ya

de cincuenta y cinco años, no tenía estudios ... De vez en cuando me llamaban del muelle de camiones para alguna sustitución o alguna otra chapucilla ... pero eran ocasiones cada vez más esporádicas que además, enfadado como estaba con la empresa, aceptaba a disgusto y solo porque no me quedaba más remedio. El saldo del banco disminuía poco a poco y día a día. Pronto me vi obligado a cambiar la fonda por una pensión económica que pagaba semanalmente.

Empecé a tentar a la suerte jugando a la lotería. Arriesgaba pequeñas cantidades que, ocasionalmente, me devolvían lo apostado duplicado o multiplicado unas cuantas veces. Pero no era suficiente para reforzar el dinero que me quedaba. La inseguridad me angustiaba y deprimía. En esos casos me metía en el bar cercano a la pensión y tomaba unos vinos mientras miraba la televisión, ojeaba el periódico o jugaba una partida con los paisanos. Pero esa relativa euforia me duraba poco tiempo, apenas el rato que estaba en el bar, porque luego, en la soledad de la

habitación, me angustiaba por el dinero que había gastado y deseaba que llegase el día siguiente para comprar billetes de lotería y tratar de reponerlo. y así era mi vida, bajar peldaños y más peldaños, uno detrás de otro, con lapsos de tiempo cada vez menores entre cada uno y el siguiente ...

Sin embargo, un buen día cambió mi suerte. Me tocó un buen pico, bueno de verdad, tan bueno que si hubiese apostado una cantidad importante no estaría aquí ahora, aunque en aquel momento era como si me hubiera llovido del cielo todo el oro del mundo. Me inundó una euforia irresistible. Pensé que al fin se me compensaba por la pésima racha de los últimos tiempos. Pude liquidar mis cuentas pendientes en la pensión y en el bar, además de algunas trampas por aquí y otras por allá. Incluso me permití decir a los hijos de mi antiguo jefe que no se molestasen en volver a llamarme. Fue un error, porque era mi única posibilidad de trabajar, pero me permití ese gustazo. Ni siquiera me detuve a pensar con precisión cuánto podía durarme el dinero. Calculé

por encima que tendría al menos para ocho o diez años y me sentí totalmente a cubierto de nuevas miserias. No pensé que ese tiempo es largo, pero no es siempre.

Al igual que había hecho con la indemnización de Claudio de unos años atrás, me dediqué a divertirme para olvidar los agobios pasados. Fue un periodo más largo que la otra vez y también diferente en la forma de organizar mis juergas. En la anterior ocasión habían predominado las chicas; ahora era el alcohol la base de mi entretenimiento. Muchos días volvía borracho a la pensión, de la que no me mudé aunque habría podido permitírmelo, porque me había acostumbrado a ella y no quería desperdiciar el dinero en nada que no fuese pasármelo bien, pero ya no me atenazaba la angustia por el saldo que quedase en el banco. Dormía perfectamente, me despertaba tarde y comenzaba el día tomando el aperitivo que me apeteciese y donde me apeteciese, invitando en ocasiones a los conocidos del barrio. Me veía como un señor y creía que la vida que hacía

entonces no suponía continuar descendiendo.

Solo me sentía mal cuando despertaba con fuertes resacas. En esas ocasiones, una angustia similar a la que conocía bien y creía olvidada para siempre se apoderaba de mí. Pero no duraba mucho, porque enseguida salía a la calle y la disolvían la charla del camarero y los clientes del bar.

El tiempo pasa más deprisa si tienes dinero. Los años que habían pasado desde que me echaron del piso y posteriormente del trabajo se me habían hecho largos y angustiosos; los que transcurrieron a partir del día que me tocó la lotería, en cambio, parecieron volar.

Hice esa reflexión el primer día que me metí en un bingo. El juego me encantó desde el principio porque la excitación era mayor que la que me producía la lotería y no hacía falta esperar al día del sorteo. Podía jugar cuando me apetecía, y comencé a frecuentar las salas. Aquel primer día de tachar números en los cartones me sentía filósofo, y asocié el bingo con la muerte de

Franco. Yo nunca había sentido interés por la política, y cuando murió un par de años antes me había dado igual; lo único que sabía de él era que en casa de mi jefe se le idolatraba, y suponía por ello que sería bueno para todos que estuviese donde estaba. Pero la verdad es que al poco de morir empezaron a proliferar, además del bingo, otras formas de diversión desconocidas por mí hasta entonces, y pensé que, sin duda, eso era aún mejor que todo lo que él hubiera podido hacer.

Por ejemplo, comencé a ir al cine, cosa que hasta entonces rara vez había hecho. Eran unas películas que aquí no se habían visto nunca; las fachadas de los cines las anunciaban con una gran S blanca impresa sobre un recuadro rojo. Tenían poco o ningún argumento, cada poco rato las protagonistas se duchaban o eran encarceladas desnudas. Vi un montón de esas películas y con el tiempo descubrí que en muchas de ellas las chicas se repetían: la colegiala que se duchaba con otra colegiala era también la prisionera que era azotada por otra prisionera. Claro que también los espectadores

éramos muchas veces los mismos: viejos solitarios que nos aislábamos premeditadamente unos de otros sentándonos en filas distintas y luego, al acabar la proyección, nos levantábamos con una mezcla de pudor y picardía en la mirada, como si, al igual que las mujeres que se acariciaban bajo la ducha, nosotros también fuésemos colegiales a los que el profesor pudiese descubrir y castigar. Pero en la sesión de la semana siguiente allí estábamos de nuevo. Los estrenos solían ser los miércoles, y cogí la costumbre de dedicar ese día a ir al cine.

También era miércoles aquel día de agosto que, como tantos otros, comenzó rutinariamente.

Hacía mucho calor y tomé una copa antes de entrar en la sala. Cuando se apagaron las luces no me extrañó que pusieran una película corta antes del programa principal, porque la publicidad de la calle ya advertía sobre la breve duración de este, pero sí me molestó que se tratase de un documental sobre la guerra civil; había vivido aquello y recordar esas imágenes de muerte, algunas de

ellas casi familiares, me despertó un extraño sentimiento, una especie de vergüenza culpable por revivir esa época mientras esperaba el espectáculo de las mujeres desnudas. Sabía que el bar del vestíbulo estaba abierto y me dispuse a tomar una copa mientras comenzaba la película.

Comencé a incorporarme, pero no llegué a ponerme en pie. La imagen que en ese momento llenaba la pantalla me clavó en el sitio, helándome la sangre. Mostraba a un hombre de traje blanco y pajarita negra que muy animadamente hablaba mirando a la cámara y recibía los aplausos del público en el escenario de un teatro. Traté de escuchar la voz del documental, pero una sensación de vértigo me mareaba y me impedía oír lo que el locutor estaba diciendo del hombre de traje blanco, al que reconocí por encima de toda posibilidad de duda porque lo había recogido herido de muerte en una carretera perdida al comienzo de la guerra que ahora revivía desde la pantalla.

El vértigo solo desapareció cuando finalizó el documental y comenzó la película de las mujeres desnudas, pero yo, asombrado, excitado, creo que asustado, no prestaba atención alguna a las historietas de la pantalla, y solo esperaba que la proyección terminase y volviesen a proyectar el documental. Cuando este empezó de nuevo, me trasladé a la primera fila de la sala, y desde allí vi, todavía incrédulo, las imágenes del hombre del traje blanco y la pajarita negra, y desde allí escuché, con toda la atención de que fui capaz, la voz del locutor pronunciando un nombre que memoricé porque lo repetía para mí cuando salí apresuradamente del local, preso de una excitación durante mucho tiempo olvidada: Lorca. García Lorca. Federico García Lorca.

Los bares del barrio que solía frecuentar estaban a unas pocas manzanas del cine. Me dirigí hacia ellos empujado por la sed. Caminaba más rápidamente de lo que recordaba haberlo hecho en los últimos tiempos. No sabía por qué pero tenía prisa, una prisa desconocida e impaciente que, a

pesar del calor reconcentrado de la tarde, me obligó a acelerar el paso aún más y, a pesar de la pastosa sequedad de mi garganta, me hizo pasar de largo ante la puerta de los bares una vez, dos, tres veces, las mismas que recorrí la manzana cada vez más aprisa, como si llegara tarde a una cita particularmente importante, hasta que me pudo el cansancio y comprendí que la excitación que se había adueñado de mí no había tenido otra forma de desfogarse que llevándome al borde del agotamiento. Pero era un agotamiento puramente físico, porque mi mente seguía aún corriendo cuando me encontré ya instalado ante una copa, repitiéndome que no había soñado. Podía estar equivocado en muchas cosas, pero no en algo tan importante. Estaba seguro: el hombre de la pantalla era el mismo que había recogido en la cuneta. Y sin embargo, pensaba también que no podía estar en lo cierto. El personaje del cine era una celebridad, alguien muy famoso a juzgar por las imágenes, no el pobre diablo, cuya desaparición nadie echó en falta, que yo siempre

había imaginado. Ahora me volvía a preguntar qué habría sido de él. Estaba seguro de que, al poco de recuperar la memoria, se habría tirado por un balcón, pero ¿y si no había sido así? Durante mucho tiempo la identidad del hombre había sido una incógnita injustamente oscura, sin ninguna pista que me permitiese seguir su rastro. La casualidad del cine me ofrecía ahora esa pista. Conocía su nombre y sabía que la gente famosa viene en los libros y en las enciclopedias.

Esa noche apenas dormí. Quería que llegase la hora de presentarme en la biblioteca del barrio para intentar atar cabos. Sentía la misma ansiedad que, después de cruzarme con el cuerpo en la carretera la primera vez, me hizo preguntarme si estaría realmente muerto. Pero esta vez era una ansiedad positiva. Fuese o no fuese el hombre de la cuneta la misma persona del cine, al menos una cosa tenía que agradecerle al documental. Por unas horas me había hecho recuperar las ganas de hacer algo más que bajar al bar de la esquina o al bingo del barrio. Cuando comenzó a amanecer y me puse

en movimiento, experimenté una sensación que ya conocía de otras veces: me pareció que la oscuridad había durado solo unos minutos.

La mujer que atendía el mostrador de la biblioteca era escuálida y madura, y parecía sentirse orgullosa de su antipatía. Cuando abrí la puerta, examinaba un grueso libro rojo de forma tan meticulosa que pensé que lo estaba oliendo. Cada vez que descubría en las tapas o el lomo un desperfecto, por leve que fuese, sus labios emitían un leve chasquido de desaprobación. Nunca había entrado en una biblioteca, y me sentí tenso como si estuviera compareciendo en una sala donde se me fuera a juzgar por algo que no había hecho. La mujer debió de notarlo, porque cuando levantó la vista me miró como si yo fuera el responsable de los desperfectos del libro, incluso de todos los desperfectos de todos los libros a su cargo. Por su expresión parecía que, igual que había hecho con el volumen de tapas rojas, iba a examinarme con sus lentes y tal vez olisquearme, pero en vez de eso me escuchó en silencio y cuando, pese al

absurdo tartamudeo provocado por los nervios, conseguí explicarme, extendió ante mí un recibo por la cantidad que dejé como fianza y dos impresos, uno para hacerme socio y otro para solicitar el primer pedido. Cuando abandoné la sala respiré aliviado, como si el paquete de libros que llevaba bajo el brazo fuese el símbolo de alguna clase de victoria sobre la terrible mujer.

Deshice el paquete sobre la mesita de mi habitación y examiné los libros que la guardiana había seleccionado para mí: una colección de poesías, un par de obras de teatro, una recopilación de artículos ... Pero el que más atrajo mi atención no era exactamente un libro, sino una gruesa revista con distintos reportajes y estudios sobre el hombre del cine, el escritor Federico García Lorca. Los leí todos con avidez, alguno de ellos incluso dos o tres veces, pues en mi prisa por encontrar lo que me interesaba, datos y detalles de su biografía, me saltaba algunos párrafos para darme cuenta enseguida de que debía volver atrás si quería enterarme bien de lo que decía el texto.

Al final, decidí obligarme a leerlo todo pausadamente, hasta las críticas eruditas que en su mayoría no entendía, y cuando finalicé el cuaderno lo volví a examinar para estar seguro de no haber pasado nada por alto.

Pero no encontré lo que buscaba; o peor que eso: lo encontré a medias. Ninguno de los artículos estaba enteramente dedicado a la muerte de Lorca y, sin embargo, la mayoría hacía alguna referencia a ella, aumentando las dudas que me habían llevado hasta la biblioteca. ¿Era el hombre que había salvado el mismo del cine? Los libros lo negaban por una parte, ya que consideraban su muerte un indudable hecho histórico, pero dejaban también un resquicio para mis dudas porque pude establecer, haciendo un esfuerzo de memoria, que la fecha señalada en los textos podía perfectamente ser la misma en que vi las manchas de color en la cuneta del camino. Necesitaba saber más detalles, localizar una biografía exhaustiva que hiciese especial referencia al fusilamiento, incluso hablar con algún experto en el tema.

Estudié el material disponible en otras bibliotecas de la ciudad, y casi siempre extraía algún nuevo dato, normalmente pequeño, insignificante en ocasiones, que añadía a la información que ya poseía, una información cada vez más completa que, a medida que crecía, hacía más ancha la brecha de mis conjeturas, hasta que un día me enfrentó a una excitante convicción.

Ocurrió cuando localicé un libro ilustrado que citaba el lugar de la supuesta ejecución. Las fotografías que mostraba me cortaron la respiración como lo habían hecho las imágenes del cine. En ellas reconocí la provincia de Granada donde había nacido y vivido toda mi vida, las carreteras que tantas veces había recorrido en la camioneta y el camión, y, sobre todo, el enclave exacto del fusilamiento, familiar también porque había conducido en muchas ocasiones por sus cercanías: el barranco de Víznar, que distaba dos kilómetros escasos de la cuneta donde comenzó todo y hasta la cual el hombre, ahora estaba seguro, había llegado arrastrándose. La casualidad

era demasiado grande, todo coincidía con demasiada precisión: la fecha, el lugar, el rostro del hombre, su inconfundible mirada... Todo coincidía para reafirmar en mí la sospecha primero y la certeza después de que, por algún disparate del destino, los libros, y los que habían escrito esos libros, y los que los habían leído, no conocían la verdad de la que yo era único testigo: Lorca no murió en 1936. Sobrevivió durante muchos años sin saber quién era. y tal vez vivía aún.

El descubrimiento disparó otra vez en mí la acuciante impaciencia que se había manifestado por primera vez en el cine. Ahora, me agarrotaba el estómago con sensaciones contradictorias pero igualmente intensas. En ocasiones me producía una eufórica excitación, cuando, después de repasar una y otra vez los datos, me sentía seguro de ser el único poseedor de una verdad que cambiaba un hecho importante de la Historia. Pero otras veces me hundía en una fosa depresiva, angustiosa como excitante era la euforia, porque sabía que no tenía

ninguna prueba de lo que había descubierto y pensaba, además, que todos los libros, y sus correspondientes autores, no podían estar equivocados ni saber menos que yo, un ignorante que ni siquiera había podido reconocer al importante escritor al que salvó la vida. Cuando me asaltaba esa sensación revisaba las fotografías y los textos, comparándolos de nuevo con mis recuerdos, y entonces volvía a cosquillear en mí la alegría por la veracidad del hallazgo, pero solo durante algún tiempo, porque enseguida la fosa de inseguridad se abría de nuevo. Los dos sentimientos opuestos subían y bajaban como los vagones de una montaña rusa y provocaban que la impaciencia resultase cada vez más opresiva, impidiéndome dormir o relajarme. Decidí que solo podía terminar con la ansiedad de una manera: haciendo público lo que había averiguado.

No sabía por dónde empezar, pero un amable empleado de una de las bibliotecas a las que acudí me puso en contacto con un periodista local, y ese fue el primer eslabón de una cadena de visitas que

incluiría a otros personajes: escritores de la ciudad y la provincia, concejales del Ayuntamiento, algún delegado del Ministerio ... Pero el esfuerzo sirvió de poco. Con ligeras variantes, todas las entrevistas resultaron igual. Si me había achicado ante la antipática encargada de la primera biblioteca, no hace falta decir cómo me sentí frente a aquellos hombres cultos y con una brillante carrera a sus espaldas. Llegaba a ellos nervioso e inseguro, porque no sabía cómo plantear lo que quería decirles, ni tan siquiera lo que exactamente quería decirles. Una cosa era la euforia ante lo que sabía y me repetía una y otra vez en la soledad de la habitación o apoyado en la barra del bar, lugares en los que me estaba en mi elemento; y otra muy distinta, encararme con un hombre bien vestido y mejor preparado en el escenario hostil de su impecable despacho. Me dedicaban unos minutos gracias a la recomendación que, probablemente para librarse de mí, me habían dado las anteriores personas con las que había hablado y enseguida me miraban

extrañados unas veces y enfadados otras, como si fuera un loco o un borracho. y gracias a su actitud conseguían que me sintiera como si realmente lo fuese y que, además, me sonase absurdo lo que tenía que decir, porque el despacho oficial y el aspecto importante y seguro de su ocupante acababan por imponerse a mi descubrimiento y me hacían perder los papeles, dudar e incluso contradecirme, de manera que nunca pude llegar a contar la historia bien contada. Me ponía a dar rodeos sin atreverme a hablar, hasta que inventaba cualquier excusa o simplemente me levantaba y me marchaba. En algunas ocasiones salí del lugar de la cita con la sensación de ser un delincuente, lo que me produjo un sentimiento de rebeldía rabiosa contra todos y, sobre todo, contra mí mismo. Estaba seguro de la verdad de mi aventura, más seguro a medida que crecía la muralla que me impedía contarla, y no entendía cómo esas personas, que habían dedicado emocionados artículos al recuerdo de Lorca o preparaban exposiciones sobre su figura, no podían prestarme,

no podían prestarle a él, un poco de tiempo o un mínimo de seria atención. Me irritaba con ellos y con su fácil superioridad. y también conmigo. Cuando me preparaba para ir a verlos maldecía mi propio aspecto; por mucho que me arreglase, no conseguía enmascarar lo que en realidad era: un inculto trabajador manual demasiado aficionado a la bebida. Pero aun así seguía adelante porque, a pesar de los fallidos encuentros, hallé una insospechada fuente de energía que me daba nuevas fuerzas para remontar los fracasos.

Un día me encontraba en la barra del bar del barrio, tomando una copa y estudiando el material que me habían prestado en una biblioteca. Descubrí que no contenía ningún dato nuevo que pudiese interesarme y, como no tenía otra cosa que hacer, me puse a echar un vistazo a lo que el propio Lorca había escrito. Normalmente, buscaba información sobre su vida en los prólogos o en las notas de cada libro y, si no la encontraba, pasaba al siguiente, sin leer nunca los textos escritos por él. Pero aquel día sí lo hice. No entiendo nada de

literatura, siempre he ojeado los periódicos y las revistas, pero nunca los libros serios. Por eso no comprendí ni me gustó lo que leí aquel día. Los poemas me parecieron cursis o incomprensibles, y encontré dificultad para seguir las obras de teatro, compuestas casi exclusivamente de diálogo; tampoco entendí gran cosa de los dos artículos que cerraban uno de los libros. Sin embargo, hubo algo en ellos que me emocionó hondamente: pensar que todas esas palabras, tan bien escritas según todo el mundo, habían salido del cerebro del hombre con el que, a intervalos, yo había vivido una extraña y larga historia de ... ¿podía llamarlo amistad? Una especie de fascinación se apoderó de mí ante la idea de que el fatídico disparo hubiese sido capaz de transformar la brillante mente de un ser privilegiado en el motor vegetal de un desecho humano incapaz de valerse por sí mismo. y también en ese momento se hizo más grande la solidaridad que ya sentía hacia él. Desde aquel día, cada vez que un subdelegado me pedía que no le hiciese perder el tiempo o un periodista

afamado ponía cara de caritativa comprensión ante las venillas rojas de mi nariz, deladoras de mi afición al alcohol, regresaba a la pensión, abría alguno de sus libros y leía unas cuantas páginas. Seguía incapacitado para entenderlas o disfrutar de ellas, pero no me importaba, porque lo que buscaba no era eso, sino la estimulante sensación que la lectura me producía: imaginaba que los dos avanzábamos contra la corriente en una pequeña barca de remos. Desde mucho tiempo atrás, él no podía remar y solo dependíamos de mí para seguir adelante e impedir que la corriente nos arrastrase. Pero a veces mis fuerzas flaqueaban y entonces él, desde su posición en la popa de la barca, me aportaba la única fuerza de que era capaz: me hacía leer el texto de alguna de sus páginas, o lo susurraba él mismo en mí imaginación, desde el silencio de las letras impresas, y se producía el milagroso efecto que me permitía seguir remando, aguantando por los dos la lucha contra la corriente. Hasta algo hizo que la orilla de mi visión pareciese de repente fácil de alcanzar.

El cartel ocupaba media página del periódico de la mañana e informaba de la inminente celebración de la «Semana de Federico García Lorca». Una imagen del escritor, con chaqueta oscura y corbata, coronaba el recuadro publicitario que anunciaba las mesas redondas y las representaciones teatrales, las exposiciones y los recitales de poesía, las conferencias y los homenajes oficiales que componían el grueso de las actividades organizadas por el Ayuntamiento. Era tal la magnitud que el texto del anuncio confería al acontecimiento que pensé que, de existir en el mundo la persona que pudiese escucharme y dar crédito a mi historia, estaría sin duda presente en los actos que se avecinaban. y en tal caso, me apañaría para localizarlo. Pero para ello necesitaba más información que la del anuncio del periódico, y para encontrarla me dirigí de inmediato al Ayuntamiento.

Un conserje me indicó que la única persona del equipo de organización de la Semana que en ese

momento se encontraba en el edificio, un profesor de literatura experto en Lorca y nombrado para la ocasión por el alcalde, ocupaba una oficina en la segunda planta. Resignado a enfrentarme con otro funcionario distante, me sorprendió ver a un hombre joven y menudo que, sentado a una mesa atestada de papeles, parecía un escolar cumpliendo alguna clase de castigo. No sé si porque poco a poco había ido adquiriendo cierto callo para dirigirme a la gente o porque su timidez le impedía comportarse con la seguridad de los otros, el hecho es que, por una vez, no era yo el achantado. Decidí aprovecharlo para enterarme de todo. Como si estuviera recitando una lección, me explicó los actos que se estaban planeando y me entregó además un folleto donde se detallaba todo cuidadosamente. Me pareció un hombre preparado y con ganas de hacer las cosas y, agradecido de veras, así se lo dije. Mi pequeña amabilidad le agradó y relajó lo suficiente para confesarme lo nervioso que estaba ante su inminente responsabilidad pública, él, que apenas

abandonaba sus libros y sus clases. Le di ánimos y aproveché la pequeña confianza mutua para hacerle una pregunta que me rondaba por la cabeza hacía tiempo. Siempre que había llegado a formularla en las anteriores entrevistas mis interlocutores habían puesto cara de asombro, como si yo no supiese por qué dos y dos son cuatro y pretendiese que ellos me lo aclararan. Pero, en realidad, era una cuestión bien sencilla. Quería saber qué pruebas palpables, concretas, innegables existían de la muerte de Lorca; no de su detención, ni de su fusilamiento. De su muerte física. El joven me dio una charla erudita y plagada de detalles. Valoré su esfuerzo, pero solo me importó una cosa de todas las que dijo: lo cierto era que no existía en el mundo una sola persona que pudiese demostrar que había visto el cadáver del escritor.

Ya en la calle, estudié con calma el prospecto. De todas las actividades que mencionaba solo me interesaba realmente uno de los actos más esperados de la Semana, las conferencias del

profesor extranjero. Era un hombre que había dedicado muchos años a estudiar la vida de Lorca y, muy especialmente, las circunstancias de su muerte, tema en el que era una autoridad reconocida. Además, en el folleto se resaltaban de él su amor por la figura del poeta y su espíritu luchador, que le habían llevado a arremeter contra todos los obstáculos que, sobre todo en el régimen anterior, había encontrado para llevar a cabo sus investigaciones. Si me dejaba llevar por lo que estaba leyendo, él era mi hombre. y gozaba, de entrada, de todas mis simpatías. Me gustaba que, como yo en ese momento, hubiese peleado tanto por Lorca. Se anunciaba la primera conferencia para el día siguiente de su llegada, prevista para una semana después.

Estaba dispuesto a hablar con él a toda costa. Quería que se interesase por mi relato, que hiciera preguntas y más preguntas, que revisara conmigo cada detalle hasta crearme y proclamarlo así, haciendo que todos los que me habían atendido a medias se tragaran su indiferencia. Pero para

conseguirlo debía demostrar que sabía muy bien lo que decía. Por eso revisé por enésima vez los datos, mis recuerdos, los matices completos de mi historia. Temía que si me escuchaba, hecho que daba por supuesto, y me hacía alguna pregunta que no pudiese contestar, todo se iría al traste. También por eso decidí regresar a los viejos escenarios por los que se había movido el mendigo. Imaginaba que el profesor, apasionado por mi relato, querría conocerlo todo, incluyendo las condiciones en que se encontraban en ese momento el parque, el mesón y el callejón, y si conservaban aún alguna prueba, alguna pista que pudiese establecer la veracidad de la historia, alguna pista que pudiese incluso desembocar en la localización del mendigo que había vivido en esos escenarios.

La localización del mendigo ... La localización de Lorca ... Tantos libros leídos y releídos, tantas fotografías revisadas una y otra vez, tantos recuerdos desenterrados hasta provocarme dolores de cabeza ... tanto darle vueltas al asunto y solo

había prestado atención pasajera a lo más importante, a lo esencial: Lorca podía seguir vivo. ¿Por qué no? ¿Cómo sabía yo lo contrario? Tras su dramática recuperación en la carretera comprobé durante un tiempo que no había regresado por sus lugares habituales. Me pareció suficiente para demostrar que no volvería por allí, pero nunca me había acercado de nuevo para verificarlo o tratar de encontrar un nuevo indicio. Sin duda, no había intentado retomar su vida volviendo a ser quien había sido; era demasiado conocido, y su milagroso regreso de la muerte habría hecho correr ríos de tinta. Me habría enterado. Pero eso no significaba necesariamente que estuviera muerto. Era, desde luego, lo más probable. Seguía convencido de que se había matado o de que habría muerto por causas naturales en medio de la calle o en algún asilo perdido, de haber tenido suerte. Pero mi convencimiento no lo probaba. La repentina recuperación en la carretera podía, por ejemplo, haber sido solo temporal. Quizás, al poco de perderle la pista, volvió a retraerse y regresó a

la muerte en vida, quedando por tanto incapacitado para decidir matarse. Si esa posibilidad se me había ocurrido pensando en el tema apenas durante unos minutos, ¿cuántas otras se me ocurrirían dedicándole más tiempo? Me parecía una empresa casi imposible, pero ¿y si era capaz de volver a encontrarlo? Abandoné toda lógica y dejé que esa idea me acariciase.

Ya me veía entrando con él en el momento más importante de la Semana, asombrando a los especialistas, a la prensa, al mundo entero, demostrando al fin que mi historia era verdad y haciéndolo con un argumento irrefutable: la presencia viva, la resurrección de Federico García Lorca. Anciano, enfermo, tal vez asustado, pero él sin duda, como podrían demostrar los expertos con unas cuantas pruebas físicas.

Por fin él a salvo, reivindicada en parte su terrible vida; por fin yo, descubridor de la historia, equitativamente tratado. Por fin la orilla.

Pero conocía mis propios delirios y no quería dejarme arrastrar por ellos. Y gracias a esa precaución no me llevé otra decepción, porque no tardé en verificar que se trataba de una tarea imposible. Habían pasado muchos años, demasiados. No solo para que perdurara algún improbable rastro del viejo mendigo; también para que las cosas siguiesen como yo las conocí. El parque había cambiado tanto que lo mismo hubiera dado que ya no existiese; ahora tenía dos estanques con peces, patos e incluso cisnes, un espacio dedicado a los niños provisto de columpios, toboganes y otros artilugios metálicos y césped, mucho césped, césped por todas partes: cuidado, bien cortado y de un siempre brillante color verde gracias al riego automático. Las reformas mejoraban en mucho la marchita zona ajardinada que recordaba, pero causaban para mi investigación el mismo resultado que si una constructora lo hubiese destruido todo para edificar una urbanización. Simplemente, era otro lugar. y lo mismo ocurría con el cochambroso

callejón sin salida; ahora su nueva pavimentación, nivelada a una sola altura sin acera, servía de garaje a los coches de la comisaría de policía que en ese tiempo había sido instalada en la manzana, y cuya puerta trasera daba al propio callejón. También había, en el sitio que antes ocupaban los dos tugurios, un bar de tapas y aperitivos donde se servían comidas a los agentes de servicio, principales y casi únicos clientes de la casa, como pude comprobar mientras tomaba una cerveza tratando de encontrar algún detalle, por mínimo que fuera, que recordase la existencia de los anteriores establecimientos; pero la cuadrilla que llevó a cabo la reforma hizo un trabajo concienzudo al derribarlo todo: ahora, la lustrosa madera de imitación y la luz plana de los tubos de neón armonizaban perfectamente con los uniformes recién planchados de los policías y con el brillo immaculado de sus coches, aparcados frente al lugar donde había estado el nicho rectangular. Los fantasmas del callejón podían dormir tranquilos. Estaban bien protegidos.

Las higiénicas novedades me saturaron hasta tal punto que cuando escuché la vieja campanilla de la puerta del mesón me pareció que entraba en mi propia casa, que regresaba a ella después de mucho tiempo. El camarero de la excesiva sonrisa había envejecido y engordado mucho; pero, por lo demás, todo estaba igual. Las paredes seguían necesitando una mano de pintura y la gorda mujer de la cocina, con el pelo blanco como única prueba del paso del tiempo, continuaba esforzándose sudorosa sobre los fogones, inclinada hacia ellos en el mismo ángulo que recordaba. Por supuesto, el camarero no me reconoció, ni intenté refrescarle la memoria. Las visitas al parque y al callejón habían dejado patente que continuar la búsqueda sin ayuda era, más que nunca, una quimera absurda. Por eso no me planteé siquiera hacer preguntas; por eso y porque estaba convencido de que iba a obtener del profesor extranjero la ayuda que necesitaba. Amparado por esa extraña seguridad, que me hacía sentir tranquilo y a gusto, me acodé en la barra y

me relajé, dispuesto a disfrutar de un par de copas. Era como si, por el simple hecho de haber regresado a esos lugares, ya hubiese cumplido con mi deber y mereciese la felicitación del profesor, en cuya iniciativa y prestigio se apoyaban a partir de ese momento los restantes pasos a seguir. Mi papel pasaba a ser el de una especie de ayudante suyo, un ayudante que había hecho grandes avances pero que se retiraba ahora a segundo plano, dejando los cabos sueltos de la investigación en las manos expertas de su patrón. Pedí otra copa y encendí un purito; saboreé el momento con una mezcla de melancolía y euforia, dejándome llevar por los recuerdos de aventura desde su principio y disfrutando con orgullo de la cercanía del merecido final. Cuando salí a la calle iba un poco achispado, pero no borracho. Al otro día comenzaba la serie de conferencias, y los nervios me excitaron y alertaron la lucidez, manteniéndola así toda la noche y toda la mañana siguiente, y solo se relajaron hasta desaparecer cuando, bien entrada la tarde, me encaminé hacia el recinto de

la Semana.

La conferencia estaba anunciada para las ocho y media de la tarde, pero llegué con bastante antelación. Quería conocer el lugar, ambientarme. Suponía que eso me haría sentir cierta seguridad, facilitándome por tanto las cosas. Caí en la cuenta entonces de que podía haberlo hecho antes, aprovechando los muchos ratos libres de los días previos. Pero tampoco era tanto lo que había que ver. Llamó especialmente mi atención el cartel que coronaba la puerta de acceso. Era una gran pancarta de tela gruesa sobre la que habían pintado un retrato de Lorca vestido como en el anuncio del periódico, chaqueta oscura y pajarita. En todas las fotos que había visto de él echaba algo en falta sin saber qué era. Lo achacaba al hecho de que eran fotografías de una época de su vida que no conocí, en las que además estaba joven y apuesto. Pero ahora, ante el cartelón de tela que se mecía suavemente con la brisa, descubrí que se trataba de la cicatriz en la sien. Era lógico que ninguna fotografía, y por tanto ningún dibujo basado en

ellas, pudiese reproducirla, pero igualmente lógico era que yo, que desde el principio, conocí a Lorca con la herida en la cabeza, la echase también de menos. Reparar en el detalle me hizo sonreír y me dio una especie de tranquilidad, como si se tratase de un presagio de buena suerte. Mientras atravesaba la entrada del recinto, con mi confianza repentinamente fortalecida, anoté mentalmente que debía comentarle la anécdota al profesor extranjero ...

El espacio que el Ayuntamiento había adecuado para la celebración de la Semana no era grande, pero estaba bien aprovechado. Dedicaba un sector a cada actividad, el más espacioso de los cuales era el destinado a las funciones teatrales, con un escenario de decorados desmontables y filas de sillas plegables para acomodar al público. Luego estaban las salas de exposiciones y las de conferencias y mesas redondas. También había, justo en el centro del recinto, un espacio diáfano en el que, en ese momento, un grupo de camareros acondicionaba una larga mesa cubriéndola con

infinidad de manteles blancos y surtiéndola de botellas, servilletas de papel y vasos y platos de plástico. Me gustó ver que, aparte de los pocos visitantes de la única exposición que a esa hora estaba abierta, apenas había gente. Eso arraigó la confianza que había comenzado a crecer en mí a causa del detalle del cartel de la entrada. Me sentía como si estuviera en mi habitación o en el bar del barrio, más seguro que nunca desde que había decidido publicar mi secreto, paseando por el recinto como si fuese un poco mío.

Asomé la nariz por la puerta entreabierta de la sala donde iba a tener lugar la conferencia. Estaba a oscuras y desierta, a excepción de los operarios que terminaban de montar el pequeño escenario a la luz de un par de focos. Un bedel con cara de pocos amigos apareció repentinamente y me dijo que estaba prohibido husmear por allí. No fue muy educado, pero me sentía demasiado satisfecho para discutir. Volví hacia la sala de exposiciones mientras él regresaba a su silla y al periódico deportivo, y di unas vueltas entre los paneles con

protección de cristal donde se exhibían fotografías que en su mayoría ya conocía u objetos de los que tenía referencias por los libros. No prestaba atención a lo que veía. Simplemente mataba el tiempo hasta que comenzase la conferencia.

Cuando al poco rato volví a acercarme a la sala la puerta seguía cerrada, pero ya se apiñaba ante ella un buen grupo de personas, en su mayoría jóvenes. Los nervios volvieron a hacer presa en mí. Habría preferido que el público fuese escaso, incluso que no hubiera acudido nadie. A fuerza de repetirme que mi actitud era infantil conseguí que el nerviosismo perdiese intensidad, pero no que desapareciese por completo, porque la cola seguía creciendo ante la puerta por momentos. El miedo a quedarme fuera me decidió a sumarme al grupo. Delante de mí, un joven barbudo y una chica de pelo muy largo que fumaba sin parar hablaban de un ballet que alguien preparaba sobre una obra de Lorca. Desconocía esa faceta musical del poeta, y volví a sentirme nervioso e inseguro. ¿Cuántas cosas más ignoraba? Cuando por fin abrieron la

puerta, la gente comenzó a entrar con tranquilidad, charlando entre sí y eligiendo sin apuros las butacas de su gusto. Casi corrí para sentarme en la primera fila, y cuando lo hice noté que la repentina aglomeración y el apremio por entrar me habían alterado bastante. Respiraba agitadamente y notaba la frente húmeda de sudor. Me esforzaba por tranquilizarme cuando el bedel malhumorado irrumpió de nuevo. Las primeras filas estaban reservadas para las autoridades, y debía cambiarme de sitio. Retrocedí hacia el fondo, más nervioso que nunca. El bedel no había especificado cuántas filas debía retroceder, y la gente que ya estaba cómodamente instalada observaba el mínimo incidente como si fuera un espectáculo cómico, o eso me parecía a mí. Caminé mansamente hacia el final de la sala, ya casi llena por completo. Lo último que quería era sentarme y provocar que el bedel, que se mantenía firme y alerta, me hiciera levantar de nuevo al considerar que no había retrocedido lo suficiente. Cuando me instalé, en el centro de la penúltima

fila tras hacer levantarse a todos los demás espectadores para dejarme pasar, tardé todavía un rato en respirar con normalidad. Por un momento, mientras estaba de pie a la vista de todos, había tenido la terrible sensación de que era yo quien tenía que hablar en público, y aún notaba el sonrojo en las mejillas y el cuello. Maldije al bedel. Por su culpa, todo había empezado mal. Un minuto antes estaba tranquilo y contento, seguro en mi privilegiado asiento de la primera fila. Ahora me encontraba demasiado lejos para ver bien y el sofoco persistía, haciéndome sentir incómodo. De hecho, me latía todavía en la cara cuando un grupo de cuatro personas entró por la puerta lateral y subió al escenario. El profesor extranjero estaba entre ellos.

Su aspecto no podía ser más distinto del que había imaginado y, sin embargo, no dudé ni por un instante que se trataba de él. Lo primero que llamaba la atención era su gran estatura y su maciza corpulencia. A pesar de las canas era joven, poco más de cuarenta años. Usaba grandes

gafas de concha, acordes con su tamaño, y lucía con desenvoltura un informal traje claro. Solo él, entre las personas sentadas a la mesa del escenario, llevaba desabotonado el cuello de la camisa, pero la ausencia de corbata no suponía desaliño ni falta de respeto hacia el público. Al contrario, parecía natural que sus conductos respiratorios se mantuviesen despejados al máximo para poder abastecer satisfactoriamente de aire el vasto pecho. Como si estuviera seriamente concentrado en esa función, permanecía estático, mirando y escuchando con atención al orador que hablaba en ese momento, un estudioso que ilustraba su discurso sobre Lorca con una proyección de diapositivas. A pesar de las supuestas reservas, las butacas de las primeras filas seguían vacías en su mayoría. Aprovechando la oscuridad que se hizo para proyectar el segundo bloque de imágenes, y aunque hube de molestar por segunda vez a mis compañeros de fila, me deslicé hasta el sitio de la primera fila que había ocupado antes de que me obligaran a levantarme.

Quando se encendió la luz el bedel me fulminó con la mirada, pero esta vez no se atrevió a interrumpir el acto para recriminar mi osadía. Desde la nueva posición observé con tranquilidad al profesor y corroboré en detalle la imagen que de él me había formado desde lejos. Estudié su rostro y sus gestos tan minuciosamente que, cuando los otros conferenciantes terminaron su intervención y el moderador lo presentó por medio de una breve semblanza biográfica, conocía de memoria cada matiz de su fisonomía.

Sin duda, era el personaje al que todos habíamos ido a escuchar. Los demás eran meros comparsas que habían desempeñado con mayor o menor fortuna una única misión, la de hacer que su intervención se hiciese esperar. Lo primero que me sorprendió cuando comenzó a hablar fue su cordialidad. Era un hombre campechano y simpático que sabía ganarse a la gente a fuerza de naturalidad y encanto. No hablaba para los eruditos ni para los sabihondos; hablaba para la gente de la calle. La cosa empezaba por buen

camino y siguió así durante un rato. Yo reconocía la mayor parte de los exhaustivos hechos y datos que él aportaba, podía seguir sus razonamientos y la exposición de sus puntos de vista. Todo indicaba que, cuando hablase con él después de la conferencia, nos íbamos a entender y él iba a escucharme con interés y seriedad. Tan excitado estaba ante la idea, tan concentrado en preparar mentalmente las frases concretas con las que iba a abordarle, que me distraje durante unos minutos de su charla, lo suficiente para no distinguir con exactitud el momento en que la situación se torció. Primero capté algunos matices aislados sin darles importancia; pero luego se fueron repitiendo sospechosamente hasta formar una evidencia precisa que, al menos para mí, constituía una dura decepción: el profesor, más que de Lorca, estaba hablando de sí mismo. Mantuve durante largos minutos la esperanza de que las continuas referencias a los obstáculos que él había salvado, a la interminable lista de burócratas con los que él se había enfrentado, a la silenciosa lucha de años

que él había mantenido para rescatar paso a paso y dato a dato la historia de Lorca y de su ejecución, se tratasen tan solo de un fragmento aislado de su discurso, una concesión al lícito fin de promocionar su libro, incluso una errónea interpretación por mi parte, pero a medida que continuó hablando la esperanza se fue desvaneciendo y por último desapareció.

Los entusiastas aplausos rompieron mi concentración. La gente estaba satisfecha, pletórica. Había escuchado exactamente lo que había ido a escuchar. Más de uno jaleaba en pie al profesor, que correspondía a sus admiradores con una encantadora sonrisa. Luego el moderador anunció que la editorial del libro invitaba a una copa a todos los asistentes. Estaría presente el alcalde, además de otras personalidades. Se podrían adquirir ejemplares del libro y el profesor firmaría autógrafos.

Los camareros que unas pocas horas antes trabajaban apresuradamente disponiendo la mesa

se movían ahora con serena eficacia, preparando cócteles o desplazándose entre los grupitos de invitados con bandejas cargadas de canapés y copas.

Sin saber muy bien cómo, me encontré en medio del barullo, sirviéndome aperitivos y con una copa de líquido burbujeante en la mano. Estaba confundido; a la decepción por la imagen que me había formado del profesor se unía mi inexperiencia en este tipo de reuniones. No acababa de tomarme en serio que, cada poco, un elegante camarero me ofreciese una surtida bandeja tan educadamente como si yo fuera un príncipe. Me encontraba como flotando, mirando sin entender muy bien lo que veía y a qué venía todo aquello. La gente charlaba animadamente entre si. Todo el mundo disfrutaba de un similar grado de satisfacción, como si compartiesen los décimos de un número de lotería premiado con el gordo. Yo no tenía participaciones de la fortuna, pero me consolaba como podía con la barra libre; bebí de todo, y a medida que iba bebiendo me

sentía más separado de esa gente y de su parafernalia. Estaba a punto de entrar en mi fase de agresividad ética cuando una azafata joven y guapa se acercó a mí y consiguió que comprara el famoso libro, indicándome que el profesor firmaba dedicatorias en el puesto que se había instalado en la entrada del recinto. Hacia allí me dirigí.

Sentado tras una mesita y flanqueado por otras dos azafatas, el profesor firmaba ejemplares y repartía su irresistible sonrisa. Me puse a la cola y le observé con irritación. Como las empresas que invierten sin beneficios durante años, hasta que se produce el esperado hallazgo de petróleo y entonces se justifican todos los gastos y disgustos, el profesor había encontrado también su propio pozo: Lorca. Un pozo que no solo era fuente de dinero; también le suponía una enorme dicha personal, pues él creía sinceramente en la importancia de su trabajo; de eso no había duda, visto el encendido entusiasmo de su discurso, vista la firme seguridad con que ahora sonreía a sus lectores. Era un hombre afortunado: su pozo,

además de rico, le había hecho feliz. Según le miraba, mi irritación se iba evaporando. Comprendí que la culpa de mi fracaso era mía y solo mía. Mi maldita costumbre de hacerme ilusiones sin enterarme bien de las cosas ... Cuando me tocó el turno ya no estaba enfadado con él; incluso le envidiaba. Le entregué el libro y le pedí que improvisara una dedicatoria. Sonrió. Tal vez había reparado en mí durante la conferencia y le había halagado la atención que había prestado al discurso. Garabateó unas líneas en la primera página y me devolvió el libro con una sonrisa convenientemente ampliada a la que correspondí. Mientras hacía la cola había comprendido la inutilidad de decirle nada. Toda su vida, toda su felicidad, estaba basada en las investigaciones que durante años había realizado sobre un hecho histórico. Pretender que se replantease la veracidad de ese hecho era como pretender que cerrase voluntariamente su pozo de alegría. La verdad estaba condenada a permanecer oculta, conocida solo por alguien incapaz de defenderla:

yo.

Necesitaba una copa de las mías en un sitio de los míos, sin camareros con bandejas ni azafatas sonrientes. Encajé el libro bajo el sobaco, metí las manos en los bolsillos y salí del recinto. Me escocían los ojos a causa del ambiente cargado de la fiesta, y aspiré el frescor de la noche con ansiedad, como si en las últimas horas solo hubiera respirado un impuro sucedáneo de aire. Además, alguna de las exóticas copas me había mareado un poco. Y me sentía cansado; cansado y estúpido. Me senté en un banco de piedra, a unos pocos metros del recinto, y respiré profundamente. El aire limpio que entraba en mis pulmones consiguió despejarme, pero no mitigó la sensación de ridículo y fracaso.

Las luces y el ruido de la fiesta llegaban hasta mí desde algún remoto lugar del interior del recinto. Sin embargo, la fachada del edificio estaba casi a oscuras, iluminada solo a medias por las farolas de la calle. Desde el cartelón de la puerta de

entrada, Lorca me miraba. Le devolví la mirada, y recordé con melancolía la euforia que me había invadido al descubrir el detalle de la cicatriz en la sien. Había sido un presagio, sí; pero de mala suerte. Me dolía mi propia ingenuidad ... Haber caído así en el cebo de esperanza que yo mismo había desplegado, haber confiado tan estúpidamente en que el profesor daría crédito a mi historia, en que me escucharía siquiera ... solo tenía que mirar hacia el interior del recinto para darme cuenta de lo tonto que había sido. Y pensar que había deseado aparecer con Lorca en esa jaula de locos... La resurrección de Federico García Lorca, una entrada espectacular, apoteósica ... Sabía que la cara del cartel me observaba y una sensación de vergüenza y sonrojo me inundó al recordar mis patéticas pretensiones de gloria. ¿Cómo me había dejado arrastrar así por mí mismo? No había sido posible encontrarlo, no sería posible hacerlo ya, y ahora me alegraba porque, con mi alegría de los últimos días, habría sido realmente capaz de entregarlo a la gente de la

Semana pensando que le hacía un favor. ¡Qué ceguera la mía! Tuve en mis manos la oportunidad de ayudarlo muchas veces a lo largo de los años. Y siempre la había desaprovechado. Lo veía todo repentinamente claro en esos instantes. No habría hecho falta mucha fuerza. Mis manos alrededor de su cuello ... dos minutos, tal vez tres ... él no habría opuesto resistencia porque eso precisamente era lo que deseaba: muerto y feliz; libre al fin de la pesadilla. Lorca parecía asentir, moviendo la cabeza con la suave ondulación que la brisa de la noche imprimía al cartel.

La sed seguía acuciándome, pero continué mirando fijamente el rostro dibujado en la tela. Ahora su movimiento tenía algo de majestuoso y parecía expresar una despedida, como si la barca de mi sueño, nuestra barca, hubiera naufragado por fin y la corriente nos separase para siempre. También me despedí. Pero no solo de él, a quien, al final, no había podido ayudar; me despedía igualmente de lo mucho que para mí habría significado poder ofrecer esa ayuda en condiciones, haber sabido

llevarla a buen puerto. Me levanté, metí el libro del profesor en una papelería y comencé a caminar hacia mi barrio, dejando atrás el recinto y la concurrida fiesta, y también el cartel que continuaba expresándose a través de la brisa. Pero no atendía ya sus susurros. No quería atenderlos; ni podía. Estaba cansado, demasiado cansado ... La aventura terminaba en desastre. Y esta había sido la última oportunidad. Yo sabía que no habría otra.

Durante muchos años había soñado, deseado, que el hombre herido, de quien solo supe al cabo de mucho tiempo de salvarle quién era realmente, pudiese volver a la vida. Un final feliz para él de alguna manera me habría hecho feliz también a mí. Sin embargo, no había sido posible. Mientras me alejaba pensé en el verdadero final, el final real. Nunca llegó a mostrarse por completo, pero ahora sabía cómo era su rostro: sórdido, solitario y oscuro.

Tan sórdido, solitario y oscuro como el primer bar

al que entré aquella noche.

El viejo hizo una pausa al terminar de hablar. Se sirvió el fondo último de la botella de coñac y lo bebió de un trago. El alcohol pareció sacarlo del melancólico ensimismamiento en que se había sumido. Me miró, echó mano a la cajetilla de tabaco y encendió un cigarrillo.

—Bueno, periodista, ¿qué te parece? Creo que la historia merecía el gasto, ¿no? —sus ojos negros, profundos y sinceros, continuaban clavados sobre mí. Sugerían que el viejo no había mentido en toda la noche. Fumó, continuó hablando—. Ya, ya sé que no se puede publicar, que nadie la creería. Empezando por ti. Tú no me crees, piensas que estoy loco ... o borracho. Pero no me importa, no eres el primero ni serás el último... Bueno, puede que el último sí —soltó una risita amarga y se quedó mirando la botella, seriamente contrariado porque estuviese vacía. Parecía un niño

extraviado—. Sí, serás el último, seguro.

—Ya será menos ... A ti te queda mucha cuerda todavía. Venga, cuenta ... —intenté quitarle importancia a su comentario, pero siguió en sus trece. Tal vez pretendía sacarme otra botella.

—En mi vida me he equivocado en casi todo ... Tiene gracia que acertara precisamente en lo de la lotería. Calculé que el dinero me duraría unos diez años, y diez años, más o menos, me duró. Después incluso tuve que dejar la pensión... Ahora vivo por ahí, voy y vengo. Aunque tampoco me quita el sueño. Bueno, a lo que iba: el otro día me dio un patatús. Fue hace una semana, en un bar. Estaba tan ancho tomando una copa cuando sentí como si una sandía me reventase en las tripas. Me atendieron los camareros. No por humanidad, claro; es que no les convenía que me muriese allí. Me llevaron a urgencias en un taxi. Tiene gracia, estaba sin un duro, pensando qué me inventaría para largarme sin pagar y, mira por dónde, al final no solo lo conseguí... también dormí en una cama —hizo una

pausa para coger otro cigarrillo. Ya no estaba bromeando—. Es serio, periodista, serio de verdad; el médico me lo dijo. No es que el coñac me esté matando, es que me ha matado ya. Si tuviese reloj no me molestaría en darle cuerda, tan mal está el tema. Pero al menos lo sé; y no me asusta, al contrario. Me apetece cambiar de aires, estoy harto de dar vueltas yo solo, de escaparme de los bares como un crío ... Ya es hora de que esto termine. Y, como puedo elegir, he decidido acabar como hoy, como ahora, con una copa en la mano ... ¿Sabes una cosa? A veces pienso que todo es parte de la historia que te he contado. Nunca supe qué pasó al final con Lorca, no tengo ni idea de cómo terminó. Pero la vida que estoy llevando estos meses, desde que me quedé sin dinero, es muy parecida a la que él llevó durante muchos años, casi igual. Incluso puede que mi muerte también se parezca... Pero bueno, tampoco es cuestión de ponerse serios ... Venga, tu tren estará a punto de salir. Te acompaño.

Nos levantamos y caminamos hacia el andén. La

oscuridad de la noche comenzaba a desvanecerse. El tren entraba en ese momento en la estación. Sin saber qué decir, saqué el sobre con el dinero sobrante de las dietas, separé un par de billetes que guardé en mi bolsillo y le entregué al viejo el resto.

–Toma –le dije–. Esto es para ti.

–Pero tú ... ¡Tú qué te has creído! Periodista, no he aceptado limosnas en mi vida, y menos de un amigo –estaba enfadado, enfadado de verdad; la química que se había creado entre nosotros a lo largo de la noche estuvo a punto de romperse en ese momento. Pero encontré a tiempo una respuesta satisfactoria para su orgullo.

–Y yo pago siempre las exclusivas, viejo. Pago siempre las exclusivas ... y más si vienen de un amigo –le dije tendiéndole de nuevo el sobre.

Durante un segundo mantuvo el gesto hosco, pero al final cogió el sobre y lo guardó en el bolsillo del pantalón.

El tren estaba a punto de partir. Los revisores se movían por el andén con la prisa de los instantes previos a la salida. Coloqué mi equipaje en el piso del vagón y me volví hacia el viejo. Nos estrechamos la mano y nos miramos.

—La historia que te he contado es cierta —dijo.

—Lo sé —contesté.

Los dos mentíamos lo justo. El asintió con la cabeza, retrocedió dos pasos y se despidió con un gesto que recordaba vagamente un saludo militar. Luego dio media vuelta y se alejó. Cuando el tren arrancó se dirigía hacia la barra de la cantina de la que acabábamos de salir. Vi cómo se sentaba en un taburete y se acodaba en el mostrador. El camarero comenzaba a servirle cuando el tren cogió velocidad y salió de la estación.

Mi compartimiento estaba vacío; lo agradecí, detesto viajar en tren con desconocidos. Me senté junto a la ventanilla, colocando el equipaje junto a mí, y encendí un cigarrillo. La primera calada me quemó los pulmones como si fuese lava. Caí en la

cuenta de que llevaba la noche entera sin dormir, sin parar de beber y de fumar. Y todo a causa del viejo. Extraño personaje; no se sabía si era más seguro poner la mano en el fuego por él o contra él. Lo cierto era que me había impresionado. Poco a poco había sabido dar a su relato un barniz de seriedad, de verosimilitud. No es que me creyese su historia, pero me preguntaba si todo eso se le habría ocurrido a él solo... Fumé relajadamente, dejándome llevar por las primeras luces del amanecer.

Entonces, con la suavidad imperceptible de un ladrón de guante blanco, se materializó la luz prodigiosa. Llamo así a esa hora, más bien a ese momento, pues dura solo un puñado de segundos, en que se unen íntimamente tus sentidos y la luminosidad, distinta a cualquier otra, del principio del nuevo día. O, para ser más exactos, en que tu sensibilidad se ve potenciada por el especial entorno de esos primeros momentos de la claridad. Para que ello ocurra es necesario que uno esté solo –la luz prodigiosa no se puede

compartir— y abandonado a esa curiosa capacidad de percepción que únicamente provoca la mezcla exacta de vigilia y alcohol. Si esas circunstancias se dan durante ese instante especial, preciso, en que comienza a amanecer y las partículas de luz sustituyen a las de oscuridad con una cadencia que es a la vez velocidad vertiginosa y extraordinaria lentitud, nos encontramos ante ella: la luz prodigiosa, dispuesta a obsequiarnos con su maravillosa virtud de permitir que nuestra imaginación se abra en libertad, viendo y sintiendo cosas para las que normalmente no está entrenada. Disfruté aquel día de una luz más mágica que nunca, pues el movimiento del tren me ofrecía un paisaje siempre cambiante de tierra y colores comenzando a brillar que me invitaban una y otra vez a pensar, a meterme en la historia del viejo, iniciada en paisajes parecidos, tal vez en esos mismos paisajes que desfilaban ante mí, sugiriéndome la visión de aquella primera noche, tan distinta para los dos hombres, en que todo empezó... El repartidor de pan que aguardaba la

hora de levantarse y el detenido que, en el mismo momento, era subido con violencia a la parte trasera de un camión, del cual solo bajaría para enfrentarse a los fusiles. Los disparos lo hirieron, pero no le arrebataron la voluntad de seguir viviendo, de sobrevivir, de aguardar al borde de la inconsciencia, con la sangre fría que solo otorga el pánico, el momento en que los verdugos se alejan y queda el silencio; un silencio atroz, de muerte, de la propia muerte, pero también un silencio de esperanza, porque le han dejado por muerto cuando sigue vivo, vivo para arrastrarse, para estirar su cuerpo en un esfuerzo infinito que se materializa en unos pocos centímetros recorridos, para luchar contra la muerte disfrazada de sueño conciliador que le invita a descansar unos segundos, solo unos segundos ... arrastrarse sin saber muy bien hacia dónde ni durante cuánto tiempo cuando repentinamente el sonido lejano de un motor rompe el fatídico silencio. Las fuerzas le abandonan ya, pero su mente, antes de rendirse, se aferra aún a esa última esperanza mientras se

desvanece irremisiblemente: el sonido, cada vez más cercano, del motor de la camioneta ...

La luz prodigiosa se fue tan sigilosamente como había venido, dejándome indefenso ante la realidad, que se manifestaba de nuevo en todo su esplendor: podía reconocerla en los colores del campo, cada vez más brillantes por la luz del sol; en la monotonía del revisor solicitando mí billete; en mis propios recuerdos, que se hicieron un hueco trayéndome a la mente mi inminente separación, los problemas en el trabajo, el mediocre material que había grabado durante esos días ... Una sospecha me asaltó y, cuando la confirmé de inmediato, casi sonreí. Lo que había ocurrido tenía cierta lógica: las cintas grabadas con los discursos del homenaje popular a Lorca estaban tal y como las había dejado, bien protegidas en sus estuches. Pero la cinta que puse en el magnetófono para registrar la voz del viejo estaba virgen, intacta, rebobinada como si acabara de sacarla de su caja. El magnetófono había vuelto a hacer de las suyas ... No quedaba ninguna constancia de las palabras

del viejo. No es que pensase mostrárselas a mi jefe ni preparar con ellas un gran reportaje, pero sí las quería para mí. La historia me había interesado, intrigado lo suficiente para desear escucharla de nuevo con calma, verificando fechas y detalles que él me había dado. Tal vez fuera una locura, pero quería comprobar si su relato podía ser cierto. Y, al igual que el viejo había dedicado unas cuantas comprobaciones al hombre que salvó, fuese quien fuese, quería yo dedicárselas a él ahora. No sabía por qué, pero quería hacerlo.

Saqué mi cuaderno de notas y empecé a escribir su historia. Cuando lo hice, pasó por mi mente la revelación de que era cierta. No presté atención a la realidad que me envolvía, que me decía que estaba loco. Me encomendé a la luz prodigiosa que acababa de visitarme y escribí dejándome seducir por la imposible revelación.

Llevaba unos minutos aplicado a la tarea cuando entró una ruidosa familia en el compartimiento. Para continuar trabajando necesitaba estar solo,

así que me dirigí hacia la cafetería del tren. Pedí un café y me instalé en una esquina de la despejada barra. El paisaje continuaba pasando frente a mí; yo me dejaba envolver por la velocidad y el traqueteo del tren que, curiosamente, aumentaban mi concentración. Había escuchado al viejo en silencio, pasivamente. Ahora, al convertirme en el narrador de su historia, esa pasividad se iba transformando en excitada euforia. Me concentré de nuevo en la escritura, releendo el principio que había redactado antes de que me interrumpieran. Decía:

«El viejo encendió otro cigarrillo de mi paquete de rubio americano, dio una profunda calada, expulsó el humo mirándome fijamente a los ojos y dijo:

–Además, Federico García Lorca no murió en agosto de 1936.»

Era una forma de empezar como cualquier otra. Tomé un sorbo de café, encendí un cigarrillo y continué escribiendo.

